

MUNDO MORTAL

Louis G. Milk

LOUIS G. MILK

Mundo mortal

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151

Barcelona

BUENOS AIRES

PORTADA: C. PRUNÉS

Primera edición: Junio 1972

Depósito legal: B. 21.788 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Había podido escapar la primera vez de los cazadores de esclavos. Pablo Rell lo recordaba muy bien, demasiado bien. Era una experiencia de las que no se olvidan jamás en la vida.

Los cazadores de esclavos, era preciso reconocerlo, actuaban con singular astucia, además de la indispensable falta de piedad. Rell era un hombretón de casi dos metros de altura y noventa kilos de peso. Su larga cabellera castaña y la anchura de sus hombros le conferían el aspecto de un atleta mitológico.

Aquella vez sorprendieron a Rell sin darle tiempo a organizar su defensa. La aeronave de los cazadores se presentó silenciosamente. Ellos sabían que un hombre como Rell era negocio seguro en el mercado de esclavos.

La nave tenía una especie de pértiga que sobresalía tres o cuatros metros del fuselaje de forma lenticular. Convenientemente reforzada, la pértiga sostenía un cajoncito de hierros entrecruzados, a modo de jaula abierta, en la cual se situaba uno de sus cazadores con el lazo.

Los cazadores de esclavos, en medio de todo, poseían un acusado sentido del humor. Les gustaba divertirse, acosando a su víctima, sobre todo si ésta no ofrecía posibilidades de resistencia. Si se resistía, una descarga anestésica la dejaba fuera de combate en pocos segundos.

Pero, en muchas ocasiones, preferían divertirse con los presuntos esclavos y ello fue lo que permitió que Rell escapase la primera vez de las garras de sus captores.

El lazo cayó desde sus hombros desde una altura de siete u ocho metros. Por encima de la cabeza de Rell, se oyó un salvaje grito de júbilo.

Durante un segundo, Rell se mantuvo inmóvil. Sabía lo que iba a ocurrir a continuación. El lazo estaba unido a una eslinga y ésta a un motorcito auxiliar. Lo izarían a bordo y...

Revolviéndose súbitamente, alargó ambas manos, agarró la soga y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas, que no eran pocas, precisamente.

La nave de los cazadores de esclavos podía transportar un peso

de varias toneladas, pero su piloto no estaba preparado para el súbito tirón de la cuerda. La longitud de la pértiga que sostenía la jaula donde estaba instalado el cazador fue lo que motivó un súbito desequilibrio de la nave y su posterior caída al suelo, lo que se produjo antes de que el piloto pudiera contrarrestarlo con la acción de sus motores.

Se oyó un tremendo crujido. Rell había saltado a un lado, apenas vio que la nave empezaba a ladearse y, en menos de un segundo, se había quitado ya la soga de los hombros.

El hombre que le había cazado rodó por tierra, medio aturdido. Rell, ardiendo de cólera, saltó sobre él y, cuando empezaba a incorporarse, disparó su pie derecho con indescriptible violencia.

Una mandíbula crujió de modo horrible. Los ojos del sujeto voltearon de forma espantosa en sus órbitas. El golpe, además, hizo oscilar su cabeza hacia atrás con terrible violencia y las vértebras del cuello se quebraron como si hubieran sido simples cañas.

Dentro de la nave se oían gritos y blasfemias. La escotilla de acceso estaba abierta.

Rell sabía que los cazadores de esclavos no podían tardar en reaccionar. Agachándose sobre el caído, tomó algo de su cinturón.

Era una bola apenas mayor que la uña de su pulgar. Presionó un diminuto saliente que había en ella y la lanzó con todas sus fuerzas hacia la nave.

La bola penetró a través de la escotilla. Casi en el acto, se vio brillar un terrible fogonazo y se oyó una atronadora explosión.

Los vidrios de las ventanillas saltaron en mil pedazos. Un cuerpo humano salió proyectado a seis o siete pasos de distancia. Rell se había tendido en el suelo, pero, aun así, no dejó de sentir, si bien muy mitigados, los formidables efectos de la onda expansiva.

Se puso en pie al cabo de unos segundos. Sacudió la cabeza y contempló los efectos de su devastador contraataque.

De los ocupantes de la nave ya no era preciso ocuparse. En cuanto al que le había arrojado el lazo, bien pronto advirtió que también había muerto.

El sujeto estaba bien armado: dos pistolas, con proyectiles explosivos de alta potencia, capaces de pulverizar a una persona, en el sentido más literal de la palabra, y media docena de microbombas como la que él había arrojado contra la nave.

Las armas del cazador de esclavos pasaron a su poder. También encontró otra cosa sobre su chaquetilla, aunque no la tocó siquiera.

Una chapa circular, de metal dorado, con dos iníciales y una cifra. Las iníciales eran una K y una N. Debajo se veía el número 72.

Las facciones de Rell se contrajeron. Aquellas iníciales eran sumamente reveladoras; decían con toda claridad el nombre del mercader de esclavos para el cual habían trabajado aquellos sujetos, ahora muertos.

El mercader era uno de los más importantes de Asthor-2. Rell lo sabía de sobra.

— La banda de Kurt Norblad — murmuró.

En cuanto a la cifra, expresaba el número de orden que el muerto había tenido en aquella organización criminal.

A pesar de todo, Norblad no era el peor de los cabecillas del crimen en Asthor-2. Había otro, por encima de todos, pero resultaba tan inalcanzable como la Tierra, a cientos de años luz de distancia, si se hubiera pretendido llegar a pie hasta ella.

Así fue como Rell consiguió escapar de los cazadores de esclavos en su primer contacto con ellos.

* * *

Antes de que se diera cuenta, el lazo caía ya sobre él. Rell quiso repetir el contraataque de la ocasión anterior, pero había tropezado con unos sujetos mucho más hábiles.

El piloto frenó bruscamente y Rell rodó por tierra. Sus pies se elevaron un instante y, antes de que tocaran el suelo de nuevo, otro lazo los ciñó prietamente por los tobillos.

El cazador saltó al suelo y le quitó el lazo que tenía sobre los hombros. Volvió a su cajón, aprovechándose del aturdimiento en que había caído Rell, a consecuencia del golpe, y la nave se elevó en el acto.

Rell se sintió izado por los tobillos. La nave aceleró, llevándolo suspendido de la pértiga. El viento silbó en los oídos del prisionero.

Más tarde, Rell vio, aunque no con demasiados detalles, un gran recinto cercado, con algunos barracones. En el centro había un estanque circular de quince a veinte metros de anchura.

A los mercaderes de esclavos les gustaba tener limpios y presentables a sus prisioneros. Eran mercancía valiosa y una mala presentación podía despreciarlos en el momento de la venta.

El lazo se soltó súbitamente y Rell cayó de cabeza al estanque. El instinto le hizo emerger a la superficie. Nadó hasta el borde y allí quedó, momentáneamente aturdido, basta que sintió que una mano tiraba de su brazo.

— Bien venido a bordo, camarada — dijo una voz.

Todavía hundido en el agua hasta los hombros, Rell contempló

al barbudo pelirrojo que le trataba de ayudar a salir del estanque.

— Me llamo Pete Gussir — declaró el pelirrojo.

— Pablo Rell —dijo lacónicamente el abatido recién llegado.

— Vamos, sal; el agua no es buena, si se abusa de ella.

— Tienes buen humor, Pete. A mí se me llevan los demonios — masculló Rell, una vez fuera del estanque.

Gussir se encogió de hombros.

— Las lágrimas no aliviarán mi situación — respondió filosóficamente.

Rell paseó la vista por el recinto. Había varios barracones, que supuso serían alojamiento de los prisioneros, y unos cuantos cobertizos donde podían situarse a la sombra, cuando no querían permanecer encerrados en los barracones. La estrella que alumbraba a Asthor-2 parecía el sol terrestre en cuanto a sus efectos de luz y calor.

— ¿Te han cazado a lazo? —preguntó Gussir.

— La segunda vez. Pude escapar la primera — respondió Rell.

Gussir silbó.

— Tú debes ser, entonces, el tipo que derribó a una de las naves cazadoras sólo con la fuerza de sus manos — dijo.

— Tuve ese placer, en efecto, Pete.

— Y liquidaste a los tripulantes.

— Con muchísimo gusto, créeme.

Gussir movió la cabeza pesaroso.

— Nadie había hecho antes una cosa semejante — declaró —. Eso no mejorará tu situación aquí.

— Estando prisionero, mi situación no es buena de ninguna manera —replicó Rell secamente —. ¿Qué posibilidades hay de escapar, Pete?

El pelirrojo se echó a reír.

— Mira las torretas que hay de trecho en trecho — contestó —. La alambrada mide diez metros de alto y está electrificada… oh, no vayas a creer, a una tensión muy baja, por supuesto; a ese viejo forajido de Norblad le convienen los prisioneros vivos. «Somos» dinero, ¿comprendes?

— Sí, continúa —pidió Rell ceñudamente.

— Bueno, aun suponiendo que te procurases aislante para subir esos diez metros de alambrada, la alarma funcionaría instantánea y automáticamente y todos los reflectores, guiados por células fotoeléctricas, convergerían sobre el punto sospechoso. Y entonces sí que el fugitivo no tendría salvación.

— ¿Por qué?

— Esas células fotoeléctricas accionarían también las ametralladoras automáticas. Norblad no quiere pagar sueldos de centinelas, las máquinas se lo hacen todo. En cuanto a las ametralladoras son, naturalmente, eléctricas y disparan balas-agujas, unos proyectiles de dos milímetros de calibre y treinta de longitud. En menos de cinco segundos, tendrías clavadas en el cuerpo quinientas o seiscientas de esas agujas.

— A pesar de todo, me escaparé —prometió Rell con acento lleno de resolución.

Gussir le dio una palmada en el hombro.

— Créeme, yo, en tu lugar, procuraría que me vendiesen cuanto antes —dijo—. Puedes tener la suerte de tropezar con un amo de buenos sentimientos y vivir bastante bien. Pero si intentas fugarte, no vivirás de ninguna manera, te lo aseguro.

CAPÍTULO II

Veinticuatro horas le bastaron a Rell para convencerse de la imposibilidad de la fuga.

No podía quejarse de la comida en absoluto. Norblad alimentaba bien a sus prisioneros. El porvenir le parecía mucho más negro.

Había unos doscientos prisioneros. Todos, como él, eran gente desarraigada, sin hogar, sin familia, aventureros fracasados, delincuentes escapados de cárceles de otros planetas, asesinos que habían buscado en Asthor-2 seguro refugio contra la ley... A nadie importaba su suerte y nadie lamentaría, no sólo su desaparición, sino su existencia en las peores condiciones.

— Pero yo soy un hombre libre —dijo Rell, en una conversación sostenida al día siguiente con su flamante amigo —. No pueden...

— ¿Qué es lo que no se puede hacer aquí con un hombre que no tiene más que su pellejo? Se necesita poseer un trozo de tierra, un negocio, algo, en fin, que te haga ser un poco más que un tipo sin oficio ni beneficio. Tú y yo y todos los que estamos aquí, como los que están en los recintos de otros mercaderes de esclavos, somos tipos que no tenemos más que el día y la noche. ¿Lo entiendes ahora?

— Por supuesto, pero ¿qué me dices de los propietarios? Sé que hay colonos, agricultores, comerciantes... También podrían ser capturados para venderlos como esclavos.

— Pablo, existe un convenio tácito entre los mercaderes de esclavos, los piratas y los habitantes de Asthor-2 — respondió el pelirrojo —. Normalmente, en las ciudades no se capturan prisioneros, aunque también se dan casos. Asthor-2 es un planeta muy fértil y un fugitivo de la justicia puede vivir indefinidamente en el campo, sin necesidad de gastarse un centésimo en comida. Todos los que vienen aquí lo saben... y también lo saben los mercaderes de esclavos. ¿Comprendes ahora?

A Rell lo había arrojado allí la marea de la vida. Había oído hablar mucho de Asthor-2, pero sus informes, ahora lo veía con claridad, pecaban de incompletos.

— Pete, ¿qué amo me puede tocar en suerte? — preguntó.

Gussir hizo un gesto ambiguo.

— ¡Oh, qué sé yo! —contestó —. Un colono... y entonces, manejarás un tractor o una recolectora de fruta o trigo; o también te puede tocar un industrial..., aunque bien es verdad que se puede decir que en Asthor-2 sólo hay una industria...

— ¿Qué fabrican en esa industria? —preguntó Rell.

— Armas, sobre todo, para los piratas —dijo Gussir —. Pero también puede ser que acabes en una nave pirata. Y no como tripulante, claro, sino como palero en los hornos de energía másica. En menos de seis meses, te convertirás en cadáver, consumido por la radiación, a menos que te rebeles para que un pirata te pegue un tiro, con lo que tus sufrimientos tendrán un plazo considerablemente breve. Pero, créeme, quien cae prisionero para ser vendido como esclavo, es un cadáver, a corto o largo plazo.

Las perspectivas que Gussir le pintaba abrumaron a Rell. Se preguntó cómo podía haber sido tan tonto para haber acudido a Asthor-2, lugar que todo el mundo pintaba como una sucursal del paraíso.

Pero ya no podía hacer nada por evitarlo. Sólo le quedaba rogar por ser vendido a un amo de buenos sentimientos.

De repente, un altavoz emitió un rugido que hizo vibrar las paredes de los barracones:

— ¡Pablo Rell, preséntese en la puerta de salida!

El joven se quedó atónito un segundo. Gussir frunció el entrecejo.

—¡Qué raro! —murmuró—. Hoy no es día de mercado...

— Rell, dese prisa o entramos a buscarlo — insistió el altavoz.

Gussir le pegó una palmada en el hombro.

— Anda —dijo—. No les des motivos para que se enfurezcan; no te matarán, pero te molerán las costillas a palos.

Rell inspiró profundamente. Echó a andar, y unos segundos más tarde, se encontraba en la puerta enrejada que cerraba el acceso al recinto.

Había allí dos hombres armados, tal como los había visto durante el primer encuentro. Ambos tenían sus manos sobre las culatas de sus respectivas pistolas.

— Te llama el señor Norblad — dijo uno de ellos —. Pórtate con respeto o te costará caro.

Rell estuvo a punto de contestar una barbaridad, pero logró contenerse a tiempo. El placer de una respuesta mordaz no merecía la pena de soportar a cambio media docena de latigazos,

— Sí, señor —dijo mansamente.

* * *

Rell soportó estoicamente el escrutinio de que era objeto por parte del mercader de esclavos. Norblad se hallaba en una estancia decorada con sencillez, aunque algunos de los objetos de adorno eran de gran valor. «Se nota que gana dinero con su infame oficio», pensó Rell.

Norblad era un sujeto de unos sesenta años, aunque aparentaba diez más. Su aspecto era corriente, si bien con cierta tendencia a la obesidad. Pero en su rostro se veían dos ojos que reflejaban con toda claridad un alma dura y sin sentimientos.

— Te llamas Pablo Rell —dijo Norblad, después de unos instantes de silencio.

— Sí, señor.

— Se te capturó una vez pero lograste escapar.

— Sí, señor.

— Destrozaste una de mis naves y, además, diste muerte a sus tripulantes.

— Me defendí, simplemente — contestó Rell.

— Eres un tipo valiente — elogió Norblad —.

Te incorporaría a mi personal, pero voy a sacar de ti más provecho. Vendiéndote, claro.

Rell permaneció silencioso.

— Eres fuerte e inteligente — continuó el mercader —. Pero aquí la inteligencia no se paga mucho; lo que interesa es la fuerza y la robustez. ¿Por qué viniste a Asthor-2?

— Problemas — contestó Rell, encogiéndose de hombros.

— ¿Qué clase de problemas?

— Personales. No creo que eso interese a nadie...

Algo chasqueó repentinamente contra los hombros del prisionero. Rell había visto un gesto de la mano de Norblad, pero no supo su significado hasta que sintió el intensísimo dolor del azote.

Creyó que se quedaba sin respiración e incapaz de sostenerse sobre sus pies, cayó de rodillas. Detrás de él, oyó un rugido:

— ¡Cuando el señor Norblad hace preguntas, quiere respuestas!

Rell apretó los dientes, tratando de dominar el dolor que sentía.

— Ma... maté a un hombre... en Epsyfor-10 — declaró.

— ¿Por qué —preguntó Norblad, impasible.

— Raptó... a mi esposa... Se la llevó a un lugar desierto... y cometió con ella los peores ultrajes... Luego la ató a un enorme pedrusco y la dejó morir de hambre y de sed... Cuando yo la encontré... sólo quedaban de ella los huesos y algunos trozos de tela

de sus vestidos...

— ¿Quién era el hombre?

— Se llamaba Budnan... No sé más... Estuve dos años buscándolo, y al fin lo encontré en Epsyfor-10.

Rell se inclinó hacia delante.

— Has dicho Budnan —exclamó, repentinamente interesado —. ¿Hugo?

— Sí. ¿Lo conocía usted?

Una indefinible sonrisa apareció en los labios del mercader de esclavos.

— A Hugo, personalmente, no —contestó—. Pero te diré una cosa: ¡Que Dios se apiade de tu alma!

Rell se estremeció al oír aquellas palabras.

— ¿Por qué dice eso, señor? —preguntó, olvidado momentáneamente de sus dolores.

— Ya lo sabrás, hijito, ya lo sabrás —contestó el mercader en tono perverso—. Pero creo que va a ser la mejor venta que he hecho en muchísimos años. Alguien pagará por ti tu peso en oro... o tal vez en diamantes.

— ¿Algún pariente? —sospechó Rell.

— Quizá. — Norblad no quería dar una respuesta concreta—. Tendrás que volver al recinto y allí esperarás a que vengan a buscarte.

Rell se levantó lentamente. Reflexionó.

Estaba fuera del recinto electrificado. Había visto en la explanada algunas naves. Sus dos guardianes tenían armas.

«¿Por qué no intentarlo ahora?», se dijo.

Norblad hizo un ademán.

— Enciérrenlo de nuevo — ordenó.

Rell hizo un rapidísimo cálculo. Debía atacar primero al guardián de su derecha. Le pareció que, de este modo, sus posibilidades serían mayores.

Empezó a girar lentamente. De súbito, levantó el pie y lo clavó en la ingle del sujeto, que se dobló, dando un chillido angustioso.

Sus manos agarraron al sujeto por los pelos y tiraron de él. Al mismo tiempo, giraba sobre sí mismo y daba un paso atrás, eludiendo así el contraataque del otro esbirro, contra el que lanzó a su momentáneo prisionero.

Los dos hombres rodaron por tierra en confuso montón. Uno de ellos quiso levantarse y Rell lo derribó de un venenoso rodillazo.

Luego se agachó y recogió una pistola. Apenas la había tocado, oyó la voz de Norblad.

— Deja el arma o te abraso..

Inclinado como estaba, Rell fijó la vista en el mercader.

— No se atreverá a disparar, Norblad — dijo.

El mercador lanzó una risita.

—¿Por qué no? —quiso saber.

— El proyectil explosivo que me destrozaría, no le haría a usted cosquillas precisamente — contestó Rell.

—Estás equivocado. Mi pistola, en estos momentos, tiene carga de balas-aguja. Veinte por carga —especificó Norblad fríamente.

La mano de Rell soltó la pistola.

—Me rindo —dijo simplemente.

— Así está mejor. Podría matarte, pero, repito, me vas a valer un montón de dinero.

— ¿Cuántos miles de discos, por ejemplo? — preguntó una voz femenina, de timbre fresco y claro.

CAPÍTULO III

Una exclamación de sorpresa brotó de los labios de Norblad:

— ¡Helia Svir!

— Yo misma —dijo la recién llegada —. Kurt, le he preguntado por el precio de ese hombre — añadió, impaciente.

Norblad vaciló. Rell, no menos asombrado que el mercader, se volvió para contemplar a la recién llegada.

Era una joven alta y de cuerpo muy bien formado. Vestía largos ropajes de color azul oscuro y se tocaba con una especie de bonete rojo, del que pendía un largo velo del mismo color. Tenía el pelo intensamente negro y se veía que pasaba largas horas al aire libre, a juzgar por el color tostado de su cara.

— Ese hombre no está en venta —dijo el mercader, tras una pausa.

— Explíqueme los motivos, Kurt — pidió la joven.

— E... bueno, voy a venderlo a...

— ¿Ha hecho ya algún trato?

— No, pero...

— Kurt, no me venga con evasivas — dijo ella, sin perder la calma—. Usted conoce bien la ley; si ese esclavo no ha sido apalabrado, me pertenece a mí, siempre que pague el precio que usted estima que vale.

— Le costará muy caro, Helia.

— Cite una cifra, Kurt.

— Escuche, Helia; tengo otros tipos muy fuertes en mi recinto, acaso más fuertes que Rell.

— Quiero a ese hombre, Kurt — Insistió Helia.

— Bueno, he decidido incorporarlo a mi unidad de vigilancia...

— Kurt, no me haga perder la paciencia. Usted sabe perfectamente que la mía es la primera oferta que recibe usted por el prisionero. Aquí, en Asthor-2, no hay leyes escritas, pero ciertas costumbres se observan escrupulosamente... o el que las quebranta, ya puede hacer el equipaje y largarse con la música a otra parte. Usted pudo pensar en venderlo a otro comprador, pero ni siquiera ha iniciado el trato. Por tanto, la preferencia me pertenece. ¿Está claro?

Norblad emitió un gruñido de descontento.

—Cien mil —dijo.

— Caro, pero lo pagaré. Kurt, es usted un forajido; nunca ha pedido más de veinticinco mil por el mejor de sus esclavos —le apostrofó Helia.

— Se ha encaprichado de él, ¿no? Pues páguelo — respondió el mercader en tono malhumorado.

— Pagaré, por supuesto. Pero, dígame, ¿a quién pensaba vendérselo usted?

— Eso no es de su incumbencia, Helia. Puedo aceptar el trato con usted, pero no me obligue a ciertas preguntas.

Helia se encogió de hombros.

— De acuerdo —dijo—. Le extenderé un cheque.

Momentos después, Helia tenía un documento en la mano:

> *«Recibo de venta por importe de $ 100.000 moneda de Asthor-2, referente a Pablo Rell; 31 años; pelo castaño; ojos grises, piel blanca, estatura, 1,91 metros, peso, 89 kilogramos, buena salud, sin señas particulares ni defectos físicos. Venta efectuada a Helia Svir, de cuya propiedad queda el mencionado Rell. Firmado: K. Norblad.*

Helia leyó el recibo y sonrió satisfecha.

— De acuerdo, Kurt —dijo—. Es justamente lo que necesitaba.

Se volvió hacia Rell y le contempló especulativamente de pies a cabeza.

— Creo que servirá —dijo, sonriendo—. Vamos, Pablo.

Rell pensó en una joven caprichosa, de sangre ardiente. No era la primera mujer en Asthor-2 que compraba un esclavo para satisfacer sus deseos.

Pero pronto salió de su error al escuchar las palabras de despedida del mercader de esclavos:

— ¡Ya ver si ese tipo le dura un poco más que los anteriores, Helia!

Rell oyó aquellas frases y sintió un terrible escalofrío.

* * *

Helia pilotaba la nave. Se había despojado de su aparatosa indumentaria y ahora vestía blusa y pantalones cortos. Como calzado usaba unas cómodas sandalias.

Durante un buen rato, ambos guardaron silencio. Rell viajaba en el asiento contiguo al que ocupaba la joven. Ella, de pronto, dijo:

— Pablo, quiero hacerle algunas preguntas.

— Sí, señora —contestó él respetuosamente.

— Usted, según las costumbres de Asthor-2, es ahora mi esclavo. Pero he tenido que pagar el precio de cuatro hombres y no de los peores ciertamente. ¿A quién le quería vender ese usurero?

— Habló de un tal Budnan — manifestó Rell —. No sé quién es, aunque sí tuve relación con un pariente suyo, del mismo apellido y de nombre Hugo.

— ¿Qué relación tuvo con Hugo, Pablo?

— Lo maté, señora.

Helia se sorprendió vivamente.

— ¿Usted... es el hombre que mató a Hugo Budnan?

— Lo admito. Y añadiré que no lo lamento en absoluto.

Helia volvió la cabeza para mirarle.

— Debió de tener motivos muy poderosos para matar a Hugo — supuso.

— El secuestró a mi esposa, la violó y luego la abandonó, atada a una roca, para que muriese de hambre y de sed. Como así sucedió, en efecto.

—¿Es posible que...?

— Señora, no me gusta tocar ese tema — declaró Rell ásperamente—. Usted tiene ciertos derechos sobre mí, pero no todos. Creo que nadie tiene derecho a mi intimidad.

Helia se reclinó en su asiento.

— Tengo la sensación de que he hecho una compra muy acertada —murmuró—. ¿Sabe quién era Hugo Budnan?

—Una fiera con figura humana. No se le puede calificar de otro modo, señora.

— Ese tratamiento está anticuado aquí y, además, yo soy soltera. Llámame Helia, simplemente, Pablo.

— Muy bien, como usted quiera.

— Pablo, ya es hora de que sepa quién era Hugo Budnan.

— La verdad, no me interesa lo más mínimo...

— Tiene que interesarle. ¿O cree que yo le he comprado a usted por el mero capricho de tener un esclavo alto, guapo y apuesto?

Rell hizo un gesto de indiferencia.

— Todo me da igual — contestó —. Hable.

— Hugo Budnan era el hijo de Jano Budnan. A Jano le suelen llamar unos «Ese 2 Rayas»; otros le apodan «Sigmo». Algunos le dan otros nombres mucho peores.

— ¿Qué significan esos apodos, Helia? —preguntó Rell, curioso a su pesar.

— El primero es la transcripción fonética del antiguo signo monetario terrestre, aún usado entre nosotros. En cuanto al segundo, es una composición abreviada de esas dos palabras: «Sigmo», signo monetario.

— Entiendo. Parece que a Jano le gusta mucho el dinero.

— Todavía le gusta más ser el amo de Asthor-2... y de los piratas y de los mercaderes de esclavos — contestó Helia sorprendentemente.

— Eso no lo sabía yo —murmuró él —. Bien es verdad que tampoco llevo mucho tiempo en este planeta.

— Todavía tiene que aprender muchas más cosas de Asthor-2, Pablo — dijo la joven —. Y no se vaya a creer que le he comprado solamente para labrar mis tierras.

Rell volvió la cabeza, extrañado por aquellas palabras.

— Norblad dijo que sus otros esclavos la habían durado a usted muy poco —recordó.

— Demasiado poco, ésa es la verdad — admitió Helia —. Y, lo peor de todo, es que los cuatro que compré están muertos.

* * *

Kurt Norblad se estremeció al verse ante aquel sujeto, que le miraba con ojos que parecían brasas.

— He oído decir que tienes un prisionero llamado Pablo Rell — dijo Jim Begham.

— Lo... lo siento, Jim... Me... me lo han comprado...

— Tú conocías la historia. El mismo Rell te la contó. ¿Por qué lo vendiste?

A Norblad un color se le iba y otro se le venía. Las palabras de su visitante confirmaban anteriores sospechas.

Algunos de sus vigilantes eran espías a sueldo de Budnan, el todopoderoso señor del planeta. Budnan tenía espías por todas partes.

— Me... bueno, ella... alegó la costumbre... Todavía no había aparecido ningún comprador... — se disculpó el mercader con voz entrecortada.

— Kurt, al jefe no le va a gustar nada lo que has hecho —dijo Begham en torvo acento—. Tu deber era informarle inmediatamente de que Pablo Rell era tu prisionero. Él te hubiese pagado lo que le hubieras pedido, sin regatear un solo centésimo.

— ¡Pero es que ella vino primero! —gritó Norblad—. Yo no podía negarme a venderle al prisionero... hubiera perdido mi fama,

mi buen crédito... Tú ya sabes cómo se hacen esas operaciones...

— De acuerdo, de acuerdo, pero ¿por qué no avisaste al jefe inmediatamente?

— Acababa de enterarme, Jim, te lo juro. Ni siquiera había tenido tiempo de escuchar la historia, cuando ella se me presentó y... Bueno, lo tuve que hacer, ¡diablos!

Begham frunció el ceño.

— ¿Ella? ¿Quién es? —preguntó.

— Helia Svir, Jim.

Los ojos de Begham se abrieron mucho.

— Otra vez esa condenada chica — masculló.

— ¿Cómo? —exclamó Norblad.

— Nada, eso no es de tu incumbencia — respondió Begham malhumoradamente—. Se lo comunicaré al jefe, es todo lo que puedo decirte.

Begham se marchó. Norblad, al quedarse solo, sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor que cubría su frente.

— Cuando atrape al espía que informó a Budnan, le...

Haría que le retorciesen el pescuezo, se prometió.

* * *

La casa estaba al pie de una colina cubierta de árboles, con trozos de verdes prados. Un poco más abajo, corría un arroyo de abundante caudal, flanqueado de árboles muy semejantes a los álamos terrestres.

Al otro lado, se veía una llanura de suaves ondulaciones, en la cual ya se divisaban algunos espacios amarillentos. La planicie llegaba casi hasta el horizonte, cerrado por una barrera de montañas, en cuyas cumbres se veían aún manchas blancas de las nieves invernales.

Un ancho y sólido puente enlazaba la casa con la llanura. Detrás del edificio principal estaba el cobertizo en que se albergaba el generador de fuerza. En los corrales se veían bastantes aves domésticas, descendientes de las importadas de la Tierra años atrás.

— Por el momento, se ocupará usted de las labores corrientes de la granja — explicó Helia—. Pero no estará muchos días aquí.

— ¿Puedo conocer los motivos? —preguntó Rell.

— Sí — contestó ella —. Tiene que ir a Astharea, la capital... y espero que su suerte sea mejor que la de los esclavos que le precedieron en mi granja.

CAPÍTULO IV

— ¿Por qué no habla claro de una vez? —pidió Rell.

— Se lo diré en cuatro palabras, Pablo. Asthor-2 es un planeta fertilísimo, un verdadero paraíso. Pero ahora es un infierno, usted conoce las causas.

— Desde luego — admitió él.

— Tenemos, en primer lugar, a los mercaderes de esclavos, de los cuales no le voy a hablar a usted, porque ya tiene experiencia sobrada del tema. Siguen los piratas del espacio, verdadera plaga de las espaciolíneas que, forzosamente, han de cruzar por las cercanías del planeta, dada su estratégica situación en este sector de la Galaxia.

«Los piratas se refugian en Asthor-2, en donde se gastan y consumen el producto de sus depredaciones. Hace muchísimos años, Asthor-2 fue declarado planeta independiente, no colonizable por ninguna de las entidades políticas supraplanetarias que existen hoy día; una especie de lo que antiguamente era en la Tierra una ciudad libre, sin dependencia de ningún gobierno o entidad política nacional. Se podría hablar largo y tendido sobre la utilidad de tal declaración, pero es mejor comentar las consecuencias, que están a la vista. Ninguna de las entidades políticas supraplanetarias se atreve a pedir la incorporación de Asthor-2, temerosa de levantar protestas en las otras. Usted ya puede darse cuenta de que esto originaría un conflicto de resultados nada satisfactorios.

— Eso es verdad — admitió Rell —. Pero, continúe, por favor.

— Bien, aprovechándose de tal situación, todos los forajidos y maleantes se han refugiado en Asthor-2, donde no les alcanzan las leyes de sus mundos de procedencia. El principal de todos, como he dicho, es Jano Budnan.

—Algo he oído de él. ¿Qué más?

— Budnan es el más interesado en que continúe la situación actual. Domina y controla a los mercaderes de esclavos y a los piratas y, además, tiene la única fábrica de armas existente en el planeta. Armas que, como es de suponer, suministra a buen precio a los piratas y a los mercaderes de esclavos. Y,, además, cobra un alto porcentaje de las transacciones comerciales de todo género, incluidas las ventas de esclavos y, desde luego, recibe también su participación en los beneficios que obtienen los piratas en sus

asaltos a las astronaves.

— En suma, es una potencia en Asthor-2.

—Sí — confirmó Helia —. En realidad, Budnan «es» Asthor-2. Si él desapareciera, su imperio se desmoronaría y Asthor-2 se convertiría en un planeta pacífico, donde la vida sería algo maravilloso.

— Bueno, quitar de en medio a un solo hombre...

Helia miró de soslayo al joven.

— Se ve que no le conoce bien ni tampoco conoce su fortaleza — dijo —. Budnan está prácticamente a salvo de todos los atentados, de modo que no es por ahí donde iniciaremos el ataque.

— Ah, de modo que vamos a atacarle.

— Usted lo ha dicho, Pablo. Mire esos campos que tiene delante de sí. ¿No es algo maravilloso? ¿No es un objetivo por el que vale la pena de pelear?

— Cierto..., pero la empresa me parece harto difícil — objetó él.

— Lo es; y no le oculto que cuatro valientes han muerto antes que usted, al intentar el derrocamiento de este imperio del crimen. He llorado lágrimas muy amargas por ellos, créame; y le aseguro que no dormiré mientras usted esté ausente. Pero hay que hacerlo —exclamó Helia en tono obstinado.

— ¿Por qué yo, precisamente? —quiso saber el joven.

— Por dos razones: una de ellas, tiene que luchar, porque Budnan no le perdonará jamás haber matado a su hijo. Y la segunda es no sé de nadie que haya derribado todavía la nave de unos cazadores de esclavos sólo con la fuerza de sus puños; pero incluso esa misma fuerza no le habría servido para nada, de no haber estado movida por la inteligencia. ¿Me comprende ahora?

— Sí, Helia.

— Más adelante —dijo ella—, le daré instrucciones. De momento, permanecerá en la granja, realizando los trabajos normales. Todavía no ha granado el trigo y su tarea no será muy fatigosa. Pero se irá antes de la siega.

— Entonces, ¿quién hará ese trabajo? —preguntó Rell, asombrado.

— Tengo máquinas que lo hacen todo automáticamente. No será problema; los problemas auténticos empezarán en el momento de pasar a la acción. Y tendrá que utilizar toda su inteligencia si quiere sobrevivir, Pablo.

* * *

El hombre parecía viejo, pero sólo en lo físico.. Su mente era aguda, perspicaz, incisiva como un puñal afilado.

— De modo que el granuja de Norblad vendió a Rell —dijo, mientras mordisqueaba unos granos de uva con aire displicente.

— Llegué tarde, señor — contestó Jim Begham, hombre de confianza del amo del planeta —. Esa chica se me había anticipado ya y Norblad no pudo alegar una razón convincente para negarse a la venta.

— O sea, que Rell es ahora esclavo de Helia Svir.

— Sí, señor. Y no creo que accediera a venderlo, si se lo propusiéramos...

— No haremos tal cosa, Jim — dijo Budnan —. Ahora bien, ¿te imaginas tú para qué lo ha comprado?

— Creo que sí, señor.

— Esa chica es muy obstinada — murmuró Budnan pensativamente—. Ya lo ha intentado en cuatro ocasiones y, por fortuna para nosotros, ha fracasado. No podemos permitir que tenga éxito en su quinta tentativa.

— Desde luego, pero... ¿cómo evitarlo?

Budnan dirigió al otro una mirada crítica.

— ¿No se te ocurre ningún procedimiento, Jim? — consultó.

Begham vaciló.

— Bombardear la granja, tal vez...

— Ni lo sueñes, Jim; hay que hacer las cosas bien. Helia es una mujer libre. Perderíamos la buena fama si atacásemos a las personas libres. Ni yo mismo me atrevería a quebrantar las normas.

— En tal caso, ¿cuál es la solución?

— Secuestrar a Rell. Quiero que me lo traigan aquí, vivo, por supuesto. Muerto, me privarían del placer de vengar yo mismo a mi hijo. ¿Me has comprendido, Jim?

— Sí, señor.

Budnan hizo un gesto con la mano.

— En tal caso, ya puedes ir planeando la operación — dijo—. Y quiero resultados satisfactorios, no fracasos.

— No volveré con las manos vacías — aseguró Begham.

* * *

Un leve tañido se percibió dentro del dormitorio. Helia despertó sobresaltada.

El tañido se repetía insistentemente. La joven alargó un brazo de mórbidos contornos y presionó un interruptor que tenía al alcance

de su mano.

Delante de ella, ligeramente a su derecha, se encendió una pantalla de radar. Los ojos de Helia captaron bien pronto el punto de luz que se movía regularmente en el vidrio verdoso.

Helia no perdió ya más tiempo. Sin encender la lámpara, saltó de la cama y, quitándose el camisón, se puso un mono de tejido suave y esponjoso. Acto seguido, abandonó el dormitorio.

Al pasar por la sala, agarró dos rifles de forma un tanto extraña y un par de cartucheras. Abrió la puerta y corrió hacia el barracón donde se alojaba Rell.

— Pablo, despierte, pronto — llamó, a la vez que aporreaba la puerta.

El joven abrió segundos más tarde.

— ¿Qué sucede? —preguntó, con ojos todavía cargados de sueño.

— Viene alguien — dijo Helia —. No es hora de recibir visitas, así que mejor será que estemos prevenidos. Le he traído un rifle y una cartuchera.

— ¿Qué clase de proyectiles disparan? — quiso saber el joven.

— Explosivos. Vamos, corra, nos esconderemos en los árboles que hay tras la casa.

Rell no perdió ya más tiempo. Agarró el rifle y la cartuchera y corrió detrás de la joven.

Momentos después, se hallaban al pie de un árbol de tronco tan grueso como el cuerpo de una persona. El segundo satélite de los cuatro que tenía Asíhor-2, en fase de plenilunio, daba una buena luz al ambiente.

Un« silueta oscura se divisó a poco, volando a poca velocidad en dirección a la casa. Rell quiso saber cómo había advertido Helia la proximidad de la nave.

— Tengo un radar conectado permanentemente — explicó ella —. En estos parajes tan solitarios, es preciso adoptar muchas precauciones. Nunca falta algún merodeador y hasta gentes con peores intenciones. La vida es muy insegura en Asthor-2, créame.

Rell hizo un signo de asentimiento. El aparato estaba cada vez más próximo.

Momentos después, aterrizaba frente a la casa. Tres o cuatro hombres saltaron de su interior.

— ¿Qué diablos pretenden esos tipos? —musitó Rell.

— No lo sé, pero creo que nos conviene pasar inadvertidos — contestó la joven.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, se oyó una voz en

la explanada anterior:

— ¡Señor Begham! ¡La casa está vacía! ¡No hay nadie en su interior!

— Tal vez hayan salido de viaje — dijo el hombre que permanecía en la nave.

— No lo creo — respondió el mismo que había hablado antes —. Hay señales de que se han percatado de nuestra llegada. Deben de estar escondidos por alguna parte...

— ¡Búsquenlos! —rugió Begham.

Helia levantó su rifle.

— Van a venir por aquí —murmuró.

Rell imitó a la muchacha. Súbitamente, cuatro individuos aparecieron por la parte posterior del conjunto de edificios.

— Será mejor que se marchen — gritó Helia con voz clara y firme.

—Buscamos a Rell —dijo un hombre.

— No está. Váyanse.

— ¡No hagan caso, chicos! —dijo el mismo que había hablado con Helia—. Rell está por ahí. ¡Adelante!

— Pablo, vienen a por usted — habló Helia —. No quiero decirle más.

— Es suficiente —gruñó él.

Apretó el gatillo, tirando delante de los sujetos que corrían hacia el bosque.

Helia disparó una sola vez, pero Rell, inadvertidamente, tenía puesto el dispositivo de disparó automático y los veinte cartuchos de su rifle partieron en dos segundos.

Una tempestad de explosiones sacudió la tierra a cincuenta metros de distancia. Cuatro cuerpos volaron pulverizados por los aires.

— ¡Rayos! —exclamó el joven, atónito.

Begham oyó el estrépito y temió lo peor. Corrió al puesto de pilotaje y se elevó raudamente.

— ¡A la nave, Pablo! —gritó Helia—. ¡No deje que se escape!

Rell se puso en pie y apuntó hacia el aparato que ya ganaba altura. Pero se había olvidado de cargar el arma y su gesto resultó inútil.

Helia hizo un disparo. El proyectil rozó el fuselaje de la nave y estalló en fragoroso estrépito, sacudiéndola terriblemente.

— ¡La ha alcanzado! —gritó Rell.

Pero era una simple ilusión. Después de varios espantosos bamboleos, la nave continuó ganando altura, aunque con una

trayectoria muy irregular, y se perdió de vista en pocos segundos.

CAPÍTULO V

— La situación se ha vuelto repentinamente crítica — dijo Helia, mientras servía el café en las tazas.

— Parece que sí — convino Rell —. ¿Qué hemos de hacer entonces?

— Usted partirá hoy mismo para Astharea. Le daré instrucciones para que pueda llevar a cabo su misión.

— Me gustaría saber si considera usted la existencia de alguna posibilidad de éxito, Helia.

— No puedo garantizarle nada, Pablo. Sólo le diré que es preciso intentarlo una y otra vez, cien veces, si fuera preciso, hasta que Asthor-2 se convierta en un planeta decente — dijo ella con acento de iluminada.

— La cosa no es fácil — observó Rell —. Según usted, ese tipo llamado Begham es un personaje importante.

— El secretario y hombre de confianza de Budnan, tan perverso como su jefe; y no digo más, porque esto es imposible. ¿Me comprende usted?

— Sí. Continúe, por favor.

— Bien, ya no voy a decirle siquiera que su labor no será fácil. Pero, no sé por qué, tengo el presentimiento de que, en esta ocasión, las cosas resultarán mucho mejor que en las anteriores.

— Ojalá sea como dice, Helia — suspiró Rell.

— Lo primero que debe hacer, repito, es ir a Astharea, la capital. Vaya a una taberna llamada «Ape Regina» y pregunte por Betty McCaird. La contraseña será «Anillo Rojo». Dígaselo usted con una frase corriente, como si la cosa surgiera en la conversación.

—Entiendo. ¿Qué más, Helia?

— Betty le pondrá al corriente de lo que debe hacer usted, eso es todo.

Rell arqueó las cejas.

— ¿Nada más? —se extrañó—. ¿No puede anticiparme algo?

— En líneas generales, le diré que vamos a empezar por atacar a los piratas. Hay tres o cuatro importantes: Duff «El Orejudo», Sally «La Tigresa», Sleary, «El Cortacuellos», Ned Ramírez... Bueno, Betty se lo dirá todo sin faltar detalle. Y cuando les hayamos dado una buena lección a los piratas, atacaremos la guarida de Budnan.

— Helia, todo eso, dicho en cuatro palabras, parece muy

sencillo; pero me temo que en la realidad va a resultar mucho más difícil de lo que nos pensamos —objetó él.

— Lo admito —dijo Helia sin pestañear—. Nunca he tratado de ocultarle las dificultades de la empresa. Tampoco podría engañarle, diciéndole que es muy sencillo. Pero, insisto, hay que hacerlo, Pablo.

— Está bien. Veré a Betty McCaird y le diré la contraseña. ¿Eso es todo?

— Todo, Simón.

Hubo un corto espacio de silencio.

— Queda un problema por resolver — dijo Rell al cabo.

—Me figuro cuál es —sonrió ella—. Aguarde un momento.

Helia entró en su despacho y salió a poco con un grueso fajo de billetes.

— Diez mil discos — anunció —. Hay suficiente para los primeros gastos y sin regatear. En todo caso, Betty le daría más dinero.

— Conforme. ¿Algo más?

— Sí. No puede ir así a Astharea; sería reconocido fácilmente. Tiene que cortarse el pelo y afeitarse la barba. Si lo cree necesario, use otro nombre.

Rell se acarició la frondosa barba que cubría su mentón.

— Lástima, empezaba a gustarme —sonrió—. ¿Cómo iré a Astharea?

— Tengo dos aeronaves. Le daré una, Pablo.

— Muy bien, pero antes de irme... bueno, ahí afuera están los restos de cuatro tipos que...

— No se preocupe por eso; mi explanadora automática se ocupará de hacer la... la «limpieza».

Rell miró fijamente a la joven. «Una mujer fuerte», pensó, secretamente complacido.

* * *

Jim Begham no se había recuperado todavía del susto que le había producido el impacto del proyectil en su nave.

— Fue una sacudida terrible — dijo entrecortadamente—. Casi perdí el sentido y suerte que no separé mi mano de la palanca de aceleración... Pero llegué a creer que me estrellaría, se lo aseguro, señor Budnan. Por fortuna, los atalajes de seguridad funcionaron automáticamente apenas me senté en el puesto de pilotaje...

Budnan no decía nada; permanecía silencioso mientras el otro

relataba su nada agradable aventura.

— No comprendo cómo sabían que íbamos a llegar —continuó Begham—. Se habían escondido en el bosque... y apenas los muchachos corrieron hacia ellos, los recibieron a tiros... No les dieron la menor oportunidad; murieron instantáneamente. Aquí hay algún traidor que...

— ¿Lo eres tú, Jim? —preguntó Budnan, sin abandonar su actitud de calma.

— ¿Quién, yo? Qué cosas dice, jefe...

— Entonces, piensa en un radar, tonto.

Begham abrió la boca.

— ¡Rayos! —exclamó—. No se me había ocurrido...

— Eso te servirá de experiencia para la próxima ocasión, Jim.

— Que será esta misma noche, se lo aseguro — dijo Begham, ardiendo en deseos de tomarse el desquite.

Budnan hizo un gesto negativo.

— Sería inútil, Jim —habló, sin perder la calma—. Estoy seguro de que Rell ya no está en la granja de Helia Svir.

— Se habrá escondido.

— Sí, pero en la capital.

— ¿Usted cree? —preguntó Begham, extrañado.

— Antes que él, fueron cuatro, recuérdalo.

— Sí, es cierto — convino el secretario —. Pero ¿dónde encontrarlo?

—Ve a la taberna «Ape Regina». Allí hay una chica llamada Betty McCaird. Ella te lo dirá.

— Entiendo. Esa chica es agente...

— No, no lo es. Todo lo contrario, está de acuerdo con Helia. Haz que te diga dónde está Rell y mátala después.

Begham miró asombrado a su jefe. Era cierto, pensó; Budnan poseía fuentes de información de las que él, pese a su cargo, no tenía siquiera la menor idea.

Budnan alzó el índice con gesto de advertencia:

— Y, recuerda, Jim: quiero vivo a Rell — dijo.

— Se lo traeré empaquetado y hasta envasado — contestó Begham a la vez que hacía un gesto de suficiencia.

* * *

Después de varios meses de no cortarse el pelo ni afeitarse, Rell se sentía ahora extraño con el cráneo casi mondo y la cara limpia de vello. Pero Helia había tenido razón; su aspecto había cambiado

radicalmente.

Así pensaba mientras avanzaba por las irregulares calles de Astharea. En la edificación de la ciudad no se había seguido la menor norma de urbanismo: en un principio, quien dispuso de un trozo de suelo y materiales de construcción, había levantado su casa sin preocuparse de los demás.

Con el tiempo, los edificios se habían hecho sólidos y resistentes, pero el trazado urbano no había cambiado. Rell se asombró de la cantidad de lujo que se veía por todas partes, en los ropajes, en los adornos… El dinero corría a raudales, era evidente.

Tampoco había iluminación pública, si bien muchas casas tenían potentes lámparas en la entrada. Se veían tipos de todas clases, ninguno de ellos desarmado. Muchas mujeres, sobre todo las jóvenes y bonitas, también llevaban armas. Rell se acordó de que Helia había mencionado también un nombre de mujer, refiriéndose a la jefe de una banda de piratas del espacio. La banda de Sally «La Tigresa» estaba compuesta exclusivamente por mujeres.

De pronto, el rótulo de la taberna que buscaba le salió al paso. Se detuvo un instante y contempló la fachada del edificio, construida de recias losas de granito azulado. Las ventanas eran grandes en la planta baja y algo más pequeñas en el único piso que había encima.

La puerta estaba abierta de par en par. Salían voces y risas del interior, que, según observó Rell segundos más tarde, era amplio y espacioso, aunque la decoración resultase más bien pobre.

Pero la gente iba a «Ape Regina» para divertirse y el mobiliario le importaba muy poco, con tal de que los clientes encontrasen buen vino y mujeres hermosas. Había ya una gran animación en las primeras horas de la tarde y a Rell le costó un poco llegar al mostrador.

Un tipo narigudo, de ojos acuosos, le preguntó por sus preferencias en materia alcohólica.

— Vino de Kyphos —pidió Rell, quien conocía la excelente calidad de las cepas de aquel planeta.

— Al momento, forastero.

El hombre le sirvió una copa llena de vino rojo. Rell puso sobre la mesa un billete de cinco discos.

— Dime dónde está Betty McCaird y quédate con la vuelta —exclamó, antes de probar el contenido de la copa.

— Déjame, Tom — sonó de pronto una voz femenina—. Yo se lo diré con mucho gusto a este buen mozo.

Rell fijó los ojos en la mujer que acababa de hablar y que estaba

al otro lado del mostrador. Era una opulenta rubia, de unos treinta años de edad, a la que no parecía preocuparle poco ni mucho la escasez de tejido que cubría su pomposo busto.

— Así que buscas a Betty McCaird — dijo ella.

— Sí. ¿La conoces tú?

— Desde luego. Ah, me llamo Marfa Lassau. Soy la dueña de este local. Encantada de conocerte... Todavía no has dicho tu nombre.

— Pablo. Es suficiente — sonrió él.

— De acuerdo, Pablo. Cuando salgas de aquí, camina hacia tu derecha. Tres calles adelante, una a la izquierda y la cuarta puerta a la derecha. Allí encontrarás a Betty.

— Esperaba verla aquí — dijo Rell.

— Ha llamado antes. Estaba un poco indispuesta. Seguramente no vendrá —manifestó la dueña del local.

—Siendo así, iré a verla. Gracias por todo, Marfa.

— Ha sido un placer tenerte como cliente. Vuelve por aquí, Pablo.

— Creo que lo haré, Marfa.

Rell abandonó el local. Un cuarto de hora más tarde, encontró la casa señalada.

También encontró a Betty McCaird.

Pero Betty no le pudo explicar cuáles eran los planes que tenía para derrotar a Budnan, pues una persona con el cuello cortado no puede hablar.

A Rell le dio náuseas aquel horrible, espectáculo. Tuvo que salir corriendo a la calle y, apoyado en la pared, vomitó.

Nadie le hizo el menor caso. Los que le vieron pensaron que era un borracho con demasiado alcohol en el cuerpo.

CAPÍTULO VI

Rell necesitó dos buenas copas de vino para entonarse y lo hizo en «Ape Regina». Mientras bebía, se preguntó si Marfa estaba al corriente del asunto.

La dueña de la taberna se le acercó poco después. Rell había tomado una mesa y Marfa puso en ella una mano, mientras la otra se apoyaba en una de sus opulentas caderas.

— ¿Qué te ha dicho Betty? —inquirió.

Rell vació su copa de un trago.

— Nada — contestó —. Con el pescuezo cortado de oreja a oreja, ¿qué querías que dijera?

El cuerpo de Marfa sufrió un ligero estremecimiento. Entornando los ojos, dijo:

— Me lo esperaba.

— ¿Cómo? —se asombró Rell.

— Éste no es el momento ni el lugar más adecuado para hablar —contestó Marfa—. Dentro de tres horas, pero ni un minuto antes, sube a mi departamento. Sigue la escalera hasta el final de todo.

Rell miró fijamente a la dueña de la taberna. Los labios de Marfa se entreabrieron en una sonrisa provocativa.

— Temes que se trate de una trampa, ¿verdad?

— dijo —. Te demostraré que no lo es, si te identificas mediante un anillo rojo.

Rell continuó guardando silencio. Marfa dejó algo sobre la mesa.

— Ponte esto entre la carne y el cinturón — añadió a media voz, pero sin dejar de sonreír —. Hay un tipo que no te quita ojo en ningún momento y no me gustaría verte con un palmo de acero entre las costillas.

— ¿Qué es eso? —preguntó Rell.

— Una coraza repelente electromagnética. Pero, cuidado, sólo sirve para una vez. No lo olvides, dentro de tres horas, en mi departamento.

— Iré — prometió Rell.

Al quedarse solo, miró disimuladamente a su alrededor. Se preguntó quién podría ser el sujeto que había alarmado a Marfa.

¿Un esbirro de Budnan?

Era lo más probable. No se llegaba a conseguir el dominio de un planeta sin recurrir a todos los medios, muy pocos de ellos

honestos.

Y mantener su actual situación de privilegio le hubiera resultado imposible sin un bien nutrido ejército de espías y sicarios de todas clases.

De repente, se le ocurrió la idea de que lo mejor que podía hacer era provocar al sujeto. Pero no allí, en la taberna; el local estaba demasiado concurrido y él sabía que los matones de Marfa no permitían que nadie produjese la menor alteración del orden.

Dejó un billete sobre la mesa y se levantó. Momentos después, estaba en la calle.

Caminó despacio, como si no sospechase nada, eligiendo precisamente los lugares menos iluminados. De súbito, tuvo la sensación de que iba a ser atacado.

Empezó a girar. Algo chocó contra su cuerpo con terrible fuerza.

En el costado izquierdo de Rell se produjo un vivísimo chispazo, a la vez que se escuchaba un seco estallido. El joven se volvió en redondo, viéndose ante un sujeto que empuñaba todavía un cuchillo de espantosas dimensiones.

El atacante había quedado deslumbrado y medio aturdido por la descarga provocada por su cuchillada. Vacilaba, irresoluto, pero Rell no le dejó rehacerse. Saltó sobre él, le arrebató el arma y luego golpeó a fondo, de abajo arriba.

Un terrible alarido hendió la oscuridad de la calle. El esbirro se arrodilló, agarrando el mango del cuchillo con ambas manos.

De pronto, rodó a un lado. Jadeaba estertorosamente.

Rell se inclinó sobre él.

—¿Quién te ordenó asesinarme? —preguntó.

—Sa... lly...

Fue lo último que dijo el agonizante. Se estremeció un poco, dobló la cabeza a un lado y se quedó inmóvil.

Rell se sintió lleno de perplejidad.

— ¿Sally «La Tigresa»? —se preguntó.

Marfa le sacaría de dudas.

* * *

Estaba sorprendentemente hermosa, con el largo pelo rubio suelto sobre las espaldas, el cuerpo cubierto por un vestido largo hasta los pies, y los ojos llenos de promesas.

— Entra — dijo, tendiéndole una mano, que Rell aceptó sin vacilar.

Atravesaron una especie de vestíbulo, al otro lado del cual había

una puerta. Antes de cruzarla, Marfa presionó un botón apenas visible en la pared.

Rell se dio cuenta de que aquel botón no servía para abrir la puerta.

— ¿Qué haces ?—preguntó.

— No quiero que nos molesten — contestó Marfa, a la vez que ponía la mano en el pomo de la puerta.

Al otro lado había un espacioso salón, dividido en dos mitades por unos cortinajes de tejido muy liviano, que permitían ver la zona destinada a dormitorio. El suelo era blando, cómodo, esponjoso.

— Te serviré una copa — dijo ella.

— De acuerdo. Marfa, ¿sabes que tenías razón?

— Había un tipo que te vigilaba, ¿no?

— Ya no vigilará a nadie, Marfa.

Ella se le acercó, sorprendida, con la copa en la mano.

—Lo has matado? —preguntó.

— Sí. Tu repelente electromagnético me sirvió de mucho, Pero, por si se le ocurría repetir la cuchillada, le quité el arma y se la clavé en el estómago. — Rell bebió un trago —. De todas formas, antes de morir pudo pronunciar un nombre.

— Budnan.

— Te equivocas. Dijo «Sally». Supongo que será esa jefe de piratas que...

— ¡Sally! —repitió Marfa, verdaderamente sorprendida—. Pero ¿cómo...?

— Eso es lo que también a mí me gustaría saber. ¿Qué le he hecho yo a la tal Sally, para que quiera convertirme en difunto?

— Pablo, yo no comprendo muy bien por qué Sally ordenó matarte, pero sí te diré que eres un peligro público..., para piratas y mercaderes de esclavos, por supuesto. Ignoro los medios de que se ha valido Sally para saber que eres su enemigo; no hay que olvidar, sin embargo, que también un capitán pirata tiene su propio servicio de información. Pero, de todas formas, no resulta un ataque demasiado sorprendente.

— Se nota que no lo has soportado tú — contestó él sarcásticamente—. Ni tampoco te han cortado el cuello, como a Betty McCaird.

— A Betty McCaird no le han cortado el cuello—. Marfa se pasó la mano por su esbelta garganta—. Por ahora, lo tengo intacto, Pablo.

* * *

Rell miró a Marfa con ojos llenos de sorpresa.

— ¿Tú eres...? —dijo, creyendo comprender.

—Sí — confirmó ella —, pero el nombre de

Betty no es más que un seudónimo convencional para esta entrevista. —Marfa sonrió—. Nunca se ha visto a ninguna Betty McCaird por mi taberna, Pablo.

— Pero, entonces, ¿quién era la muerta?

Marfa tenía una copa en la mano y tomó un sorbo.

— Un agente de Budnan, o tal vez de algún pirata..., quizá de la propia Sally «La Tigresa» — contestó —. En realidad, se llamaba Ayra Ludt y llevaba ya unos cuantos días merodeando por la taberna. En seguida sospeché de ella, así que, cuando supe que ibas a venir, le preparé una trampa. Dejé entender que iría a aquella casa en un momento determinado y Ayra se escurrió hasta allí. Alguien la confundió conmigo y le rebanó el cuello.

Marfa apuró su copa.

— Ayra no llevaba una bufanda repelente electromagnética — concluyó fríamente.

— Un juego demasiado terrible — murmure? Rell—. Pero tú, a lo que se ve, estás de acuerdo con Helia Svir.

— Totalmente de acuerdo —corroboró ella.

— Está bien. Se trata de derrotar a Budnan. ¿Cómo lo conseguiremos? —preguntó Rell—. ¿No te parece que el mejor procedimiento sería ir a su guarida y volarla con un par de bombas bien disparadas?

Marfa se sentó en un diván y puso las piernas bajo el cuerpo.

— Pablo, se nota bien que no conoces los sistemas de protección de ese viejo buitre —dijo—. Sin embargo, tendrás que intentar romperlos el día en que debas asaltar esa guarida. Ahora hablaremos de tu próximo golpe.

— Está bien. ¿Qué es lo que debo hacer, Marfa?

—Los hombres de Sleary «El Cortacuellos» están todavía en Astharea. Tengo la impresión de que van a zarpar muy pronto, apenas sus exploradores le informen del próximo paso de una buena presa. Entonces, tú saldrás al espacio a interceptarlos con una torpedera.

Rell se sobresaltó.

— Has dicho una torpedera —exclamó.

— Sí. La tengo preparada y dispuesta en... Pero ¿por qué no te sientas a mi lado? — invitó Marfa con la mejor de sus sonrisas.

Rell la miró fijamente durante unos segundos. Era una hermosa

mujer, se dijo. Los ojos de Marfa brillaban de un modo singular y sus labios eran sumamente atractivos.

Dejó la copa sobre la mesa y se sentó junto a ella.

— Ya estoy a tu lado — dijo.

— No lo noto demasiado, Pablo —murmuró ella con voz acariciadora.

Rell la abrazó.

— ¿Lo notas ya un poco más?

— No mucho todavía…

El joven se inclinó hacia Marfa, cuya rendición era fácilmente visible. Una mano de Marfa subió hasta su mejilla.

De pronto, oyeron en la estancia un extrañé grito, que se alejó rapidísimamente, con singulares vibraciones sonoras.

— ¿Qué es eso? —exclamó él, sobresaltado.

— Nada, la trampa ha funcionado.

— ¿Cómo?

— Alguien quería acercarse a espiarnos. Naturalmente, ignoraba que yo tengo un agujero hiperespacial, que funciona cuando conecto los sistemas de tránsito, lo mismo que una astronave los emplea para sus viajes interestelares. La trampa no es visible; el cuarto tiene su apariencia normal… pero el espía se ve proyectado al hiperespacio antes de que sepa lo que le puede ocurrir.

— Eres… iba a decir, diabólica —exclamó Rell, pasmado.

Marfa se echó a reír.

—Querido, tengo un lindo pellejo que proteger — contestó —. Esa trampa la montó un ingeniero amigo mío, doctor en Hiperfísica. Da resultado, créeme.

De repente, le abrazó con ardorosa vehemencia.

— Y continuará protegiéndonos —agregó.

Rell hizo un sonriente gesto de aquiescencia.

— Siendo así, vamos a olvidarnos por unos momentos de los piratas y los mercaderes del espacio — propuso.

La proposición fue acogida por Marfa con muestras de singular entusiasmo.

CAPÍTULO VII

Rell dormía aún, cuando Marfa entró en la habitación y le dio un fuerte golpe en el final de la espalda.

— Arriba, perezoso —le increpó cariñosamente—. Tienes trabajo en perspectiva.

Rell se sentó en el lecho, frotándose los ojos.

— ¿Qué clase de trabajo? —preguntó, entre bostezo y bostezo.

— Sleary está aprestando su nave para zarpar. Sus espías le han avisado de una buena presa. Tú tienes que salir al espacio e interceptar a la nave de Sleary. Eso es todo.

— Nada más, muy sencillo —rezongó el joven—. ¿Dónde diablos está la torpedera de que me hablaste el otro día?

Marfa sonrió.

— Ve primero al cuarto de baño —indicó—. Mientras, te prepararé el desayuno.

Rell la miró complacido. Marfa se había recogido la abundante cabellera en un gran moño alto y, vestida con aquel traje de una sola pieza, de color azul, que moldeaba a la perfección sus formas netamente femeninas, presentaba un aspecto realmente atractivo.

— Está bien, me tendrás listo dentro de quince minutos —prometió.

Después de desayunar, ella le entregó un papel, en el que había trazado un pequeño croquis.

— Aquí está la torpedera — dijo —. Es una nave muy ligera y maniobrable, capaz de superar, durante un determinado período de tiempo, a la mejor de las astronaves que viajan hoy día por el espacio. En ese maletín —Marfa señaló uno que había sobre una silla cercana—, encontrarás dos cosas: una caja de control remoto y una grabadora.

— ¿Una grabadora? —se extrañó él—. ¿Debo tomar nota de alguna conversación entre los piratas?

— No — sonrió Marfa —. Simplemente, conéctala a tu transmisor de radio cuando entres en acción. Conviene que Sleary y los suyos escuchen lo que hay grabado en la cinta.

— Está bien. ¿Para qué sirve la caja de control remoto, Marfa?

— Pablo, una torpedera, aun siendo un aparato de pequeñas dimensiones, no es un trasto que quepa en esta habitación. Ahora te enseñaré el manejo de la caja de control. Con ella harás regresar la torpedera del hiperespacio, donde la tengo escondida actualmente.

— Se ve que no olvidáis detalle —comentó Rell admirado.

— Tenemos que hacerlo así, si queremos que Asthor-2 sea un mundo decente —contestó ella, con ojos muy brillantes —. Ah, además te advierto que, al menos en esta ocasión, no destruirás la nave de Sleary.

¡Rayos! ¿Por qué no? —exclamó el joven, atónito.

— Cuando escuches la grabación, lo comprenderás claramente. Ahora, prepárate; vas a salir por la parte trasera de la casa.

— ¿No habrá algún espía en la vecindad?

Marfa sonrió sibilinamente.

— La puerta trasera está situada, en estos momentos, en otro plano espacial —contestó—. Un plano muy próximo, casi rozando al que nosotros ocupamos ahora, pero lo suficiente para hacerte invisible el tiempo justo que necesitas para salir de la casa sin que lo noten los posibles espías.

Rell se puso en pie.

— Marfa, a tu amigo el doctor en Hiperfísica le darán algún día el Hípernobel —declaró en tono zumbón.

— Bien merecido se lo tendría, si existiese ese premio —contestó ella.

* * *

La torpedera se hizo visible de pronto, con un leve chasquido, que hizo pegar un salto a Rell, no obstante hallarse advertido de lo que iba a pasar. El joven observó con ojos críticos la nave, durante algunos instantes.

Era un aparato de forma alargada y sección casi triangular, aunque con las aristas muy suavizadas. La cabina estaba en la proa y parecía minúscula en comparación con el resto de la estructura.

La torpedera medía unos cincuenta metros de largo por nueve de anchura y cinco de altura. Rell hizo funcionar el mando de apertura de la escotilla de acceso, por medio de su caja de control, y penetró en el interior del aparato.

El interior de la cabina de mando le admiró particularmente. Todo era nuevo, flamante; los metales relucían y no había una sola mota de polvo en los cristales de las pantallas y de las esferas indicadoras. Los dos sillones eran comodísimos, con un tapizado singularmente atractivo.

Rell se dio cuenta entonces de que formaba parte del engranaje de una organización realmente poderosa. Aquella torpedera costaba una fortuna; no parecía aparato para ser adquirido por un simple

particular.

Se preguntó si aquella organización no era, en realidad, rival de la de Budnan. Asthor-2 era un planeta que producía grandes rendimientos y, si se eliminaba a Budnan, otros podían tomar su puesto.

Tal vez los directivos de la organización de la que formaban parte Helia y Marfa. Pero la suerte ya estaba echada; no podía volverse atrás.

El manejo de la torpedera era realmente sencillo. Rell tenía los datos de la órbita de su presa y le bastó introducir en la ranura correspondiente un cartucho de cinta grabada con las instrucciones de vuelo. Presionó un botón, apenas vio todas las luces en verde, y el aparato se elevó raudamente.

En pocos segundos, se halló en el espacio. Una hora más tarde, la torpedera orbitaba a una velocidad de varios miles de kilómetros por minuto.

Las pantallas detectoras estaban en funcionamiento desde el primer momento. Una de ellas recibía las señales codificadas de identificación y las descifraba instantáneamente, haciéndolas inteligibles sin esfuerzo alguno para el piloto.

Tres horas después, la pantalla de larga distancia detectó un punto sospechoso en el espacio. Rell inició el pilotaje manual y aceleró, subiendo la velocidad en dos mil kilómetros más por minuto.

La pantalla de identificación le dijo bien pronto que había dado con su presa. Entonces, presionó la tecla y la radio empezó a transmitir.

— Ahí tenemos algo, muchachos — sonó una voz que aparentaba gran excitación.

— ¡Buena presa, capitán Ramírez! —dijo otro.

—Vamos, muchachos, prepárense para el asalto; dentro de un cuarto de hora, tendremos nuestro objetivo a tiro.

Dentro de la cabina sonó una voz terriblemente colérica.

—¡Ramírez! —gritó Sleary—. Esa presa es mía; yo la avisté antes que tú, ¿me entiendes?

Rell no dijo nada, tenía instrucciones de no hacerlo. La cinta grabada daría las respuestas por él, de acuerdo con las frases que pronunciase el otro pirata.

— ¡Y un cuerno! — dijo el inexistente Ramírez—. A mí me dieron la noticia antes que a ti...

— «Sigmo» no haría nunca una cosa semejante, Ned; es honesto en sus informaciones y tú lo sabes bien —gritó Sleary.

«Sigmo», uno de los apodos de Budnan, pensó Rell.

—¿Honesto ese viejo buitre? —rió el supuesto pirata —.Tú deliras, Sleary. Voy a atacar a esa nave y, para que no me estorbes...

Había llegado el momento. Rell presionó dos teclas del pupitre de mando y dos enormes torpedos espaciales, de dos metros de diámetro y catorce de largo, los únicos de que disponía la torpedera, partieron de su vientre, acelerando con increíble violencia, apenas salieron de sus alvéolos.

Los gritos de alarma de los tripulantes de Sleary llegaron claramente a sus oídos. Rell se dio cuenta de que Sleary intentaba desesperadamente eludir el ataque, pero los torpedos disparados llevaban dispositivos deflectores de las barreras de defensa.

No obstante, Rell sabía que estallarían en el espacio, sin tocar a la nave pirata. Pero cuando se produjeron las explosiones, a unos cien mil kilómetros de distancia y vio los resplandores, supo que el aparato de «Cortacuellos» había resultado seriamente dañado.

Sleary ya no podría atacar a la nave comercial.

— Tendrá bastante si logra aterrizar en Asthor-2 — murmuró Rell, mientras viraba en redondo.

* * *

Los ojos de Marfa chispearon al ver a Rell en el umbral de la puerta.

— Hola — dijo con la mejor de sus sonrisas.

Rell la agarró por el talle y la besó con fuerza.

— Ya estoy de vuelta —murmuró.

— No es preciso que me lo jures — sonrió ella, satisfecha—. ¿Qué tal te han ido las cosas por allá arriba?

— Me gustaría saber quién planeó la operación, para felicitarle —contestó Rell—. Todo se desarrolló a las mil maravillas.

— Ya estas horas, Sleary cree que Ramírez le largó los dos torpedos.

— Eso espero. ¿A quién se le ocurrió la idea, Marfa?

La mano de la joven tapó la boca que había hecho la pregunta.

— Por ahora, no te muestres curioso — aconsejó—. Lo has hecho muy bien y...

— Y me merezco un premio.

— Está a tu disposición, Pablo.

Era una respuesta altamente significativa. A Rell no le hicieron falta más palabras para cobrarse el premio.

Más tarde, Rell, inesperadamente, dijo:

— Marfa, me gustaría visitar a Helia Svir.

La joven respingó.

— ¿Por qué? —quiso saber.

— Bueno, ella me sacó de un apuro… Creo que es un deber de cortesía.

— No te lo prohibiré, Pablo, aunque opino que, por ahora, no debes moverte de Astharea.

—¿Lo crees así?

— No te lo diría, si no me pareciese lo más conveniente, Pablo.

Rell se encogió de hombros.

— Me disgustaría que Helia se enojase conmigo, por creerme un tipo desagradecido —manifestó.

— No te preocupes; Helia es una chica muy comprensiva — sonrió Marfa.

— Tú pareces conocerla muy bien —observó él, ligeramente sorprendido.

— Tengo motivos para ello…, pero, de momento, insisto, debes quedarte en Astharea. Nos conviene conocer la reacción de Sleary; no será nada amable, te lo aseguro.

Rell sonrió mientras volvía a abrazar a aquella hermosa mujer.

— A tu lado, la espera se me hará más corta — aseguró.

CAPÍTULO VIII

El grupo de hombres avanzaba a buen paso por las callejuelas de Astharea. Sleary iba en cabeza; hosco y ceñudo como sus subordinados, todos los cuales iban armados con pistolas de carga explosiva.

— Aquí es — dijo de pronto uno de los piratas.

Sleary contempló la casa, de la que salían voces y risas, que denotaban la diversión de sus moradores. Sacó la pistola, apuntó a la puerta y apretó el gatillo.

Se oyó una espantosa detonación. La casa pareció iba a hundirse.

Alguien gritó en el primer piso. Un hombre se asomó a una de las ventanas.

— ¡Eh, maldito borracho! ¿Es que quieres hacernos saltar por los aires? —chilló, enfurecido.

— Si hay mujeres en tu casa, que salgan inmediatamente — contestó Sleary a grandes voces —. Pero sólo les daré treinta segundos para que se vayan; pasado este plazo, yo y mis hombres abriremos el fuego contra vosotros.

— Te has vuelto loco, Sleary...

Los gritos femeninos impidieron a Ramírez seguir hablando. Un tropel de mujeres, algunas de ellas olvidándose en las prisas sus vestidos dentro de la casa, salieron a todo correr, en medio de las risas y las bromas soeces de los secuaces de Sleary.

Ramírez bramaba de furia.

—¡Vuestras pistolas, estúpidos! —gritó a sus subordinados.

Era ya tarde para iniciar una defensiva eficaz. Treinta pistolas con carga explosiva abrieron fuego en el plazo prefijado.

Uno o dos de los atacados consiguieron disparar algunos tiros. Cuatro hombres de Sleary saltaron por los aires, literalmente despedazados.

Pero la ventaja estaba ya al lado de los atacantes. A los pocos momentos, la casa era sólo un montón de escombros humeantes, de los que no partía el menor sonido humano.

Satisfecho, «El Cortacuellos» enfundó su pistola.

— Nadie se burla impunemente de Sleary — dijo.

En cuanto a los muertos en el ataque, ninguno lo lamentó. Simplemente, lo consideraban como un accidente de «trabajo».

— ¿Y ahora, capitán? —preguntó uno de los piratas.

— Alguien reaccionará — dijo Sleary —. Le haré un recibimiento como es debido.

* * *

Jim Begham no se inmutó al ver ante sí un círculo de caras hostiles, en cuyo centro se hallaba la de Sleary.

— El viejo pide una explicación de la muerte de Ramírez y sus hombres — dijo Begham fríamente.

Sleary hizo un gesto con la mano.

— Shorty — dijo con laconismo.

Uno de los piratas puso en marcha una grabadora. Begham pudo escuchar así la conversación sostenida por Sleary con el supuesto capitán Ramírez.

— ¿Tenía o no razón para tomarme el desquite, Jim? —preguntó Sleary, cuando la grabación hubo concluido.

Begham guardó silencio unos instantes.

Luego dijo:

— De modo que crees que el viejo «vendió» la misma información a dos personas.

— ¿Y no es eso una prueba? —gritó Sleary en tono descompuesto, a la vez que señalaba la grabadora.

— Sleary, te han engañado — aseguró Begham—. Esa grabación ha sido falsificada...

— No te burles de mí, Jim — tronó el pirata —. Por lo menos, ten la decencia de admitir la verdad.

— Tú eres el que no quieres ver la verdad, Sleary. ¿Es que no te das cuenta de que se trata de una provocación para...?

El puño del pirata golpeó con fuerza la mesa tras la cual se hallaba sentado.

— ¡Basta! —gritó—. No quiero oír una sola palabra más sobre este asunto. Vuelve a la guarida del viejo y dile que, en lo sucesivo, se olvide de mí. Cuando haya reparado mi nave, actuaré por mi propia cuenta, sin necesidad de tener que pagarle un porcentaje sobre mis ganancias. ¿Lo entiendes bien, Jim?

Begham miró fijamente al pirata durante unos segundos.

— Sleary, voy a darte un consejo: Piénsalo bien. Nada más — dijo al cabo.

— Ya está resuelto, Jim —contestó Sleary, desafiador.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. De repente, Begham sacó un arma a relucir.

Era una pistola desintegrante. Antes de que Sleary y los más inmediatos pudieran actuar, Begham los redujo a polvo con una ráfaga de diez o doce descargas.

Varios agujeros aparecieron en la pared que había tras la mesa, por los cuales escapó el humo producido por los disparos. A continuación, Begham miró fríamente al resto de los sorprendidos piratas.

— El «Viejo» no consiente actos de rebelión — dijo sin inmutarse —. Esto es algo en lo que debieron haber pensado Sleary y sus oficiales.

El silencio era absoluto.

Begham concluyó:

— Hay varias tripulaciones incompletas. Yo diré a cada uno de vosotros a qué nave debe ir... si es que quiere seguir viviendo en Asthor-2.

La orden de Begham fue acogida sin la menor protesta.

* * *

La chica era más bien menuda, pero muy bien formada. Tenía una atractiva cabellera de color castaño dorado y unos ojos grandes y cándidos, de transparentes pupilas azules.

— Estás sola, chica — dijo Rell.

— Sí — admitió ella con una ligera sonrisa.

— Me llamo Pablo. ¿Quieres que te haga compañía un rato?

— No tengo inconveniente, aunque mucho me temo que te aburrirás a mi lado, Pablo.

— Lo dudo mucho. — Rell alzó una mano y una rolliza camarera acudió para enterarse de que debía servir una botella de vino de Kyphos y dos copas—. Por cierto —añadió él—, todavía no sé cómo te llamas.

— Sally Syms — contestó la muchacha.

— Me alegro de conocerte, Sally. ¿Eres de Asthor-2?

— No, sólo resido aquí accidentalmente. Soy de la Tierra.

— Una terrestre auténtica — exclamó Rell, admirado —. Se puede decir que eres una joya, Sally.

La chica se echó a reír. En aquel momento, trajeron la botella y Rell llenó las copas.

— Por ti, Sally — brindó él.

— Gracias, Pablo. ¿Tú también eres de la Tierra?

— Mi padre. Mi madre nació en Xahjiar-01.

— Ah, ya entiendo. ¿No has estado nunca en la Tierra, Pablo?

— Un par de veces. Es un planeta que me frustra, Sally.

La muchacha lanzó un profundo suspiro.

— A mí me gustaría regresar allí, pero me es imposible — dijo.

— ¿Por qué, Sally?

— Bueno... un pasaje de vuelta a la Tierra no es precisamente barato, Pablo.

— Ah, ya entiendo. Pero ¿cómo es que estás aquí?

— Circunstancias de la vida — respondió Sally melancólicamente.

Rell comprendió que no debía profundizar demasiado en algunos aspectos de la personalidad de Sally. Pero la figura de la muchacha, con su aire desamparado y, por supuesto, desfasado de la fauna humana que pululaba por Asthor-2, le hizo sentir una viva simpatía hacia ella.

— ¿Te gustaría regresar a la Tierra? —preguntó d? repente.

— ¡Qué cosas tienes, Pablo! Es lo que más deseo en este mundo...

— ¿Has dejado allí alguien que te espere, Sally?

Ella se ruborizó.

— Tal vez... No es seguro; hace años ya que ruedo por estos mundos y quizá me haya olvidado...

— Pero, de todos modos, en la Tierra estarás mejor que aquí.

— Eso sí es verdad — admitió Sally.

— El pasaje creo que cuesta unos dos mil discos. Te los prestaré, aunque en estos momentos no tengo el dinero encima. Dime adonde puedo llevártelo y lo haré con mucho gusto.

— ¡Oh, Pablo! —dijo ella, conmovida—. No sé si debo aceptar...

Rell sonrió.

— Considéralo como un préstamo que te hace un paisano — contestó —. Y no te preocupes; ya me lo devolverás cuando tengas dinero. Pero tú no eres una chica como para vivir en este mundo de perdición.

Los ojos de Sally se humedecieron.

— Te lo agradeceré toda la vida, créeme — dijo.

— Bah, olvídalo —exclamó él despreocupadamente—. Si yo me encontrase en un caso parecido, me gustaría que alguien hiciera lo mismo conmigo. Sally, dime adonde he de llevarte el dinero y la hora más conveniente.

La muchacha titubeó un instante.

—Vivo en la cuarta calle, contando desde la izquierda de la taberna, octava puerta hacia el sur — dijo al cabo—. Es un departamento alquilado, pero ya no hubiera podido pagar la renta

de la próxima semana.

— Ése es un problema resuelto... mejor dicho, lo será a la hora que me indiques, Sally.

— ¿Te parece bien las ocho de la noche?

— No hay inconveniente —aceptó Rell.

Sally se puso en pie. Tenía una figura exquisita, apreció el joven. Vestía con modestia, aunque su indumentaria tenía detalles de singular elegancia. Uno de ellos atrajo singularmente la atención do Rell.

Ella captó la mirada del joven y acarició con la mano el medallón que descansaba entre sus senos.

— ¿Te gusta? —preguntó.

— Es un medallón muy bonito — calificó Rell.

— Te lo regalaré luego —prometió ella.

— Oh, no, Sally; es una joya muy valiosa... y parece un recuerdo de familia.

— Lo es, Pablo —confirmó la chica—. Pertenecía a mi madre. Se lo regaló el que luego fue su esposo, cuando se prometieron. Es una vieja costumbre terrestre, ¿sabes?

— Por eso mismo, debes conservarlo tú, Sally.

— El favor que me haces es demasiado grande para que no te lo pague con lo mejor que tengo — contestó la chica, a la vez que le tendía la mano—. Hasta luego, Pablo.

— Hasta luego, Sally.

Rell tomó un sorbo de vino. Una muchacha encantadora, Sally Syms, se dijo, muy satisfecho de haber podido ayudar a la que, por su nacimiento, consideraba como una compatriota.

CAPÍTULO IX

— Te gustaba la rubita, ¿eh? — dijo Marfa sarcásticamente.

— Es una chica muy mona, en efecto — convino Rell.

— Ciertamente, no se puede negar que es muy atractiva. ¿De qué hablabais tan interesados?

— Oh, cosas... Ella quiere volverse a la Tierra. Llegó aquí... bueno, como llegan muchas jóvenes inexpertas. Ahora se ha dado cuenta de la realidad y no se encuentra a gusto en Asthor-2.

— Ya, ya — dijo Marfa, sin abandonar su tono de burla.

Rell la miró con gesto de sorpresa.

— Parece que no te ha gustado que haya entablado amistad con esa muchacha — dijo.

— ¿Crees que me importa, Pablo?

— ¡Hum! —sonrió él—. ¿Celosa?

— No seas estúpido. Lo que me molesta es verte actuar como un perfecto idiota — contestó Marfa, ahora de mal humor.

Rell sonrió y se acercó a ella, pero Marfa le rechazó con inusitada brusquedad.

— ¡No me toques! —chilló.

El joven se quedó parado un instante. Luego hizo un gesto de paciencia.

— Está bien, pero no te comprendo — manifestó—. Mis intenciones, con respecto a esa chica, son buenas...

— ¡Bruto! —le apostrofó ella—. ¿Es que no te has dado cuenta de su verdadera personalidad?

— Pues, no... No me he fijado... Sólo te diré que me ha inspirado una gran simpatía...

— Por supuesto. Sally «La Tigresa» es única para aparentar todo lo contrario de lo que es en realidad.

Rell abrió la boca.

— De modo que Sally es...

— Sí, uno de los capitanes piratas a los cuales es preciso combatir —confirmó Marfa.

El joven reflexionó un instante.

— Me alegro de que me lo hayas dicho, Marfa — habló al cabo.

— Me gustaría dejar que te llevases un buen porrazo, pero no puedo permitirlo. Eres demasiado valioso en nuestros planes, para consentir que te ocurra algo, Pablo.

— En vuestros planes, ¿eh? — Rell entornó los párpados —. A veces me pregunto si todo lo que estoy haciendo no es en favor de una organización rival de la de Budnan, para ocupar su puesto y no precisamente para implantar la justicia en Asthor-2.

—Estás equivocado, pero no te sacaré de tu error —contestó Marfa—. Algún día lo verás por ti mismo.

— Ojalá sea como dices — deseó Rell.

Y se acercó de nuevo a Marfa, para abrazarla, pero ella le rechazó con no menor brusquedad que antes.

— Déjame, no me toques — dijo con voz llena de irritación.

Rell se encogió de hombros. «Los celos», pensó.

Y se dirigió hacia la puerta.

— ¿Adónde vas? —preguntó Marfa.

— Tengo una cita con Sally —contestó él—. Naturalmente, no pienso dejar de acudir a su encuentro.

— Eso será si yo te lo permito — exclamó la joven.

Rell la miró por encima del hombro.

— Atrévete a impedirme la salida —la desafió—. No vas a empuñar una pistola contra mí, porque sé que no dispararías... y tampoco vas a emplear la fuerza, ¿verdad?

Marfa ya no dijo nada. Rell, sonriente, abrió la puerta.

— Ahora que sé que Sally es «La Tigresa», la cita se presenta con mayores atractivos que antes de conocer la noticia —dijo, a guisa de despedida.

* * *

— El supuesto conflicto entre Sleary y Ramírez fue un hábil montaje. Tanto Sleary como Ramírez, pero más el primero, actuaron a ciegas, sin atender a razones. El resultado es que dos de las bandas de piratas más eficaces han sido destruidas.

— Preocupante, ¿no? —dijo Budnan.

— Sí, señor — admitió el secretario —. Tengo la impresión de que estamos luchando contra alguien más fuerte que dos mujeres.

— Helia y Marfa.

— Exactamente.

Budnan se quedó pensativo unos momentos.

— Convendría interrogar a Marfa y luego quitarla de en medio — dijo al cabo.

— ¿Y por qué no hacemos eso con la otra? — se extrañó Begham.

— Es preciso actuar con discreción — respondió Budnan—. Lo

que le pase a la dueña de una taberna, hecho tal vez por un borracho irresponsable, resulta menos sorprendente que lo que le pueda ocurrir a una honesta granjerita. ¿Comprendes?

— Sí, señor, tiene usted razón. ¿Qué hacemos con Marfa?

— Ella tiene allí empleado a uno de nuestros hombres. Dile que se encargue de ejecutar la tarea.

— De acuerdo. Pero Rell sigue suelto...

— No es obstáculo de importancia. Y, aunque quiero vengar la muerte de mi hijo, prefiero que siga moviéndose libremente por ahí. Puede darnos pistas de verdadero interés.

— Sí, señor. Aunque, en mi opinión, si pudiéramos hacerle algunas preguntas... Harry Bicker quiso espiar en las habitaciones de Marfa y ha desaparecido sin dejar el menor rastro. Me gustaría saber lo que hicieron con él, pero mejor aún, cómo lo hicieron.

— Bueno, si se te presenta la ocasión...

Un zumbador sonó de repente. Aquel interfono carecía de pantalla de imagen.

Begham dio el contacto. Una voz surgió a través del aparato:

— Llamada en clave R-Alfa-5, señor.

— Pásemela inmediatamente — ordenó el secretario

— Sí, señor.

Begham miró a su jefe.

— Es Sally Syms — susurró.

La voz de Sally se dejó oír a poco:

— Jim, tengo una buena noticia para ti.

— Habla, Sally.

— Estoy citada con Pablo Rell. En mi casa, a las ocho en punto de esta tarde. ¿Qué te parece?

Begham hizo una muda consulta con la vista. La respuesta fue un también silencioso gesto de su jefe.

—De acuerdo, preciosa. Iré a verte con tiempo. Recibiremos los dos a Rell, si te parece bien.

— Estupendo. Hasta luego, Jim.

Begham cortó la comunicación. No había cuidado en que alguien la hubiese escuchado: las palabras de Sally eran cifradas automáticamente en su transmisor y sólo eran descifradas en el receptor que Budnan tenía en su despacho.

— Voy a llamar a R-Gamma-2 — anunció el secretario.

Budnan asintió con la cabeza. Begham pidió la comunicación y esperó unos momentos.

— Habla Troyd — dijo una voz de hombre.

— Soy Begham. Troyd, busca la ocasión propicia, interroga a

Marfa Lassau y elimínala a continuación.

— Enterado.

Begham presionó el interruptor. Luego, sonriente, se volvió hacia su jefe.

— Marfa ha dejado de constituir un problema — anunció, satisfecho.

* * *

En la penumbra de la calle, Rell observó la casa en la cual le había dicho residía Sally Syms. Era un edificio corriente, sin nada de particular en su fachada.

Rell se acercó cautelosamente a la puerta. Examinó la cerradura. Seguramente, pensó, tenía una alarma conectada.

Arriba, en una de las ventanas del primer piso, le pareció ver una rendija de luz. Sin duda, las cortinas estaban mal corridas.

Tras unos segundos de reflexión, desprendió un objeto de su cinturón. Lo había comprado en una de las numerosas tiendas de Astharea, en cualquiera de las cuales se podían adquirir los más diversos artículos, por disparatados que pudieran parecer.

El aparato era un sensible micrófono, provisto de un motor punto menos que microscópico, y unido por un cable al mando de control remoto. En la caja de mando había un audífono corriente, que Rell situó en su oreja izquierda.

El micrófono se elevó lentamente en el aire, guiado por el joven. Cuando estuvo a la altura de una de las ventanas del primer piso, Rell maniobró con infinito cuidado, hasta situarlo adherido al cristal, no lejos del punto donde se divisaba aquella delgada rendija de luz.

Las voces de dos personas llegaron nítidamente a sus tímpanos. Una de ellas, la reconoció al instante, era la de Sally Syms.

— Vendrá, Jim, te lo aseguro —decía ella en aquel instante.

— Espero que no te equivoques, Sally — manifestó el hombre.

Se oyó una ligera risita.

— No temas, Jim; Pablo Rell es ya un pato muerto.

— Me gustaría saber cómo lo has conseguido, sólo en la primera entrevista, Sally.

— Oh, no fue difícil... Le conté una historia dramática y él se la tragó íntegra. Pero, por si acaso, llevaba colgando del cuello este medallón.

— ¿Hipnótico? —preguntó Begham.

— No del todo, Jim. Es una subhipnosis; el sujeto que percibe

sus efectos se siente inclinado a hacer lo que le mandan, pero de un modo suave, sin que su voluntad sea forzada, de modo que cree que actúa por sí mismo. En la hipnosis en general, el sujeto contesta mecánicamente a las preguntas, pero calla si no se le interroga y sólo él responde a las preguntas que se le hacen sobre un determinado tema. Con este medallón, puedes atraer a la víctima a la trampa, sosteniendo con ella una conversación enteramente natural; y cree que acude por su propia voluntad, cuando, en realidad, es llevada al matadero... —Sally volvió a reír—. Bueno, este medallón no se usa exclusivamente para liquidar a la gente; es un moderno sustituto de lo que antiguamente se llamaba filtros de amor.

— De acuerdo, pero úsalo para liquidar a Rell y no para convertirlo en tu enamorado —mascculló Begham.

A Sally parecía divertirle mucho el mal humor de su interlocutor.

— ¿Celos, cariño? —preguntó.

Begham soltó un bufido.

— Sally... es que hay que ver cómo te has ataviado para recibirle — dijo con acento de irritación—. ¿No tenías otra cosa más... bueno, menos provocativa que esa bata o lo que sea, que no deja nada a la imaginación?

— Cálmate, hombre — dijo ella —. Rell es un buen chico, que viene a prestarme el dinero para el pasaje de vuelta a la Tierra. Debo recibirle adecuadamente y expresarle mi agradecimiento de la única forma en que puede hacerlo una muchacha sin dinero.

— ¡Hum! —contestó Begham, en tono de desconfianza —. Sin embargo, no te olvides de lo principal. Budnan quiere vivo a Rell, pero yo soy de la opinión de que cuanto antes nos lo quitemos de en medio, será mejor para todos.

CAPÍTULO X

—¿Tan peligroso lo crees, Jim? —preguntó Sally.

— Es un tipo incómodo — calificó Begham —. Además, es inteligente y está muy bien apoyado.

— Sí, desde luego.

— Y a mí no me importan los problemas personales del «Viejo». El asunto empieza a ponerse candente y...

— Te gustaría liquidarlo de una vez, ¿no es eso?

— Imagínatelo, Sally — refunfuñó Begham —. Sólo estoy esperando el momento propicio, para descargar el golpe.

— Sería maravilloso — exclamó Sally, arrobada—. Tú y yo... los amos de Asthor-2.

— Ese día llegará, no lo dudes, Sally. Pero antes de actuar, es preciso atar bien todos los cabos.

— Me parece muy bien. En esta clase de negocios, los errores son fatales.

— Exacto; no se puede cometer el menor error, porque es la muerte.

Sally lanzó de repente una exclamación.

— Anda, Jim, se acerca la hora — dijo.

— De acuerdo. Infórmame apenas hayas concluido la tarea.

— No te preocupes..., aunque tampoco debes esperar que lo haga apenas le vea asomar por la puerta. Quiero asegurarme de que no cometo una falla ¿comprendes?

Rell ya no quiso seguir escuchando más. Atrajo el micrófono hacia sí, se quitó de la oreja el audífono y lo guardó todo en la cartuchera que tenía sujeta al cinturón. Luego corrió a esconderse en la próxima esquina.

Pasaron algunos segundos. Un hombre apareció en la calle, miró precavidamente a derecha e izquierda y luego se alejó con paso rápido.

Rell consultó su reloj. Todavía faltaban cinco o seis minutos.

Meditó brevemente. Ya no le cabía la menor duda de que Sa31v le preparaba una trampa mortal. Pero no quería caer por segunda vez bajo los efectos de aquel singular medallón subhipnótico.

— El medallón de la simpatía estaría mejor dicho —murmuró, mientras trotaba sigilosamente en busca de la trasera del edificio.

Entró por una ventana situada al nivel de la calle, cuyo vidrio

quitó con la ayuda de un diamante y una ventosa. Avanzó con gran cautela, midiendo cada uno de sus pasos, hasta llegar al piso superior.

Sally estaba vuelta de espaldas a la puerta, arreglando un jarrón con flores. Sí, sonrió Rell, Begham tenía razón; aquella prenda que la joven llevaba puesta resultaba muy descansada para la imaginación.

Los ojos de Rell se fijaron especialmente en el cuello de Sally. La joven no se dio cuenta de su presencia, hasta que sintió que unas manos soltaban el broche de la cadenita que sostenía el medallón.

— ¡Oh! —exclamó—. ¿Pablo?

— El mismo — confirmó Rell, a la vez que guardaba el medallón en uno de sus bolsillos.

* * *

Sally se volvió y dirigió a Rell una honda mirada. Rell se preguntó cómo era posible que cupiera tanta maldad en un rostro de facciones angelicales.

— Has venido sin avisarme —le reprochó ella dulcemente.

—¿Te disgusta la sorpresa? —sonrió Rell.

— No, pero... ¿Te quedas el medallón?

— Dijiste que me lo regalarías, Sally, recuérdalo.

— Es cierto. Sin embargo... me hubiera gustado tenerlo sobre mí basta el momento de la despedida.

— ¡Bah, olvídalo! —dijo Rell en tono despreocupado—. Las despedidas no son nunca gratas. A veces provocan emociones nada convenientes.

— Sí, eso es cierto — convino Sally. Rell se dio cuenta de que la joven sonreía de un modo forzado—. Pero no te he preguntado si quieres beber algo — añadió ella.

— No, no quiero beber, Sally. En estos momentos, sólo deseo una cosa.

—¿Puedo saber qué es?

Rell avanzó hacia ella y la abrazó estrechamente.

—¿No te lo imaginas? —murmuró.

— No puedo negarte nada — dijo, ofreciéndole los labios.

Era una sensación morbosa, pensó Rell; estaba besando los labios de la mujer que había decidido darle muerte. Pero ello hacía el momento doblemente atractivo.

Sally se separó al cabo de unos segundos, visiblemente sofocada.

— Me has dejado sin respiración —expresó—. Voy a preparar

dos copas, Pablo.

Rell no dijo nada. Sally siguió:

— Tengo un vino de Kyphos exquisito. Doce años en la botella. ¿Qué te parece?

— Debe de ser muy bueno —contestó él.

Sally se le acercó a los pocos instantes, con dos copas en la mano. Ofreció una a su visitante, pero Rell la rechazó.

— ¿Cómo? ¿No quieres beber conmigo? —se asombró ella.

Rell había dejado de sonreír. Sally entornó los párpados.

— A ti te pasa algo, Pablo — dijo.

— Ciertamente —convino el joven—. Sucede que no quiero que me envenenes, «Tigresa».

* * *

Un hondo silencio siguió a las últimas palabras del joven. Los ojos de Sally perdieron su expresión de dulzura y chispearon coléricos.

— Sabes ya quién soy — dijo.

— Lo admito — contestó Rell, imperturbable—. Por eso te he quitado el medallón.

La cara de Sally expresó una viva sorpresa.

— Parece como si sospechases algo...

— Es un medallón subhipnótico — dijo él.

— Pablo, me gustaría saber cómo lo has adivinado — exclamó Sally.

— Y a mí me gustaría saber por qué enviaste a aquel tipo con el machete. Claro que, después de haber oído tu conversación con Begham, ya he podido darme cuenta de que a ninguno de los dos os interesa llevarme vivo a presencia de Budnan. También esto es cierto, Sally.

— Yo diría que has estado escuchando nuestra conversación — murmuró la joven.

Rell se tocó la cartuchera.

— Aciertas, Sally; he usado un micrófono aéreo, movido por control remoto —confesó.

Sally hizo un lento movimiento de cabeza.

— Es verdaderamente lastimoso, Pablo — dijo—. Lo creas o no, me habías inspirado auténtica simpatía. Pensaba pedirte que lo abandonases todo; en lugar de ser tú quien me pagara el pasaje de vuelta, lo hubiera hecho yo, añadiendo, además, un buen puñado de billetes. A pesar de lo que le dije a Begham, no pensaba matarte.

Ahora, lo siento, no tendré otro remedio que hacerlo.

— Son unas palabras que debo agradecer, Sally — contestó él —. Y, en honor a la verdad, yo te diré que aún podrías salvarte. Tienes dinero en abundancia; abandónalo todo y vuelve a la Tierra. A la larga o a la corta, Asthor-2 se convertirá en un planeta decente. Los piratas y los mercaderes de esclavos son gente condenada a desaparecer de aquí.

— Eres demasiado optimista, Pablo — sonrió Sally—. ¿De veras has pensado por un momento en que yo podría abandonar este planeta?

— Teniendo ante sí la perspectiva de convertirte en su dueña, junto con Begham, la verdad, pensar en que podrías irte voluntariamente es ser demasiado optimista. Pero he creído que debía intentarlo.

Los ojos de Sally fulguraron de un modo extraño.

— No saldrás vivo de aquí — auguró.

— Sentiría tener que matarte — suspiró Rell —. Una chica tan hermosa...

De súbito, con gesto imprevisto, Sally se arrancó la manga izquierda de su bata de velos. Hizo una sacudida y la manga se transformó en algo parecido a un lazo metálico, que chasqueó en el aire, buscando venenosamente el cuello del joven.

Rell dejó que el lazo se enroscase en torno a su garganta. Luego, alzando las dos manos, tiró con todas sus fuerzas hacia sí, antes de que Sally pudiera hacer lo mismo en sentido contrario.

Sally perdió el equilibrio y lanzó un chillido de furia. Enloquecida por la rabia, saltó hacia un aparador cercano y agarró un cuchillo que había sobre el mueble.

Rell aguardó a pie firme la furiosa acometida de su hermosa adversaria. Sally descargó el golpe con todas sus fuerzas.

La mano de Rell se alzó súbitamente, asiendo una muñeca femenina. Rell hizo un violentísimo movimiento de torsión y el cuchillo se volvió en sentido diametralmente opuesto, clavándose hasta el mango en la garganta de la joven.

Rell dio dos pasos hacia atrás. Sally cayó de rodillas, gorgoteando horriblemente, mientras hacía esfuerzos por arrancarse el arma de la carne. Pero, de repente, se desplomó hacia adelante.

Una expresión de lástima apareció en la cara del joven. Rell dio media vuelta y, lentamente, abandonó aquella casa.

* * *

Llamaron a la puerta. Marfa abrió y se encontró frente a uno de sus camareros.

— Troyd —exclamó—. ¿Le sucede algo?

— Desearía hablar unos momentos con usted, señora — manifestó el individuo.

— Está bien, entre y dígame qué es lo que quiere.

Troyd cerró la puerta. Al volverse, ya tenía en la mano una pistola.

— Dispara balas-aguja — anunció.

— Muy interesante —comentó ella fríamente—. ¿Debo sospechar, a la vista de esa pistola, que quiere preguntarme algo?

— En efecto. Dos cosas, señora. Primero, quiero que me diga para quién trabaja usted. Después, me dirá qué fue de Harry Bicker.

— Ah, sólo era eso. Creí que se trataría de algo más importante.

— ¿Le parece poco? —se asombró Troyd.

Marfa sonreía tranquilamente.

— No es cosa que me emocione —dijo—. Y no conseguirá nada de mí.

Troyd levantó la mano armada.

— Hable — pidió.

— No — contestó Marfa, a la vez que cruzaba las manos bajo los senos.

— Por última vez, señora...

Marfa calló. Troyd vaciló un instante.

«Al diablo, pensó. Lo que les interesa es que la quite de en medio.»

Y apretó el gatillo.

Marfa cayó fulminada, sin hacer el menor movimiento. A Troyd le extrañó la repentina inmovilidad de la joven.

Los ojos de Marfa estaban fijos en el techo. Troyd observó algo extraño en aquellas pupilas.

— ¡Rayos! —exclamó a media voz—. ¿Será posible...?

Algo brotaba del orificio que el proyectil había abierto en el pecho de Marfa, justamente en el centro de los senos. Aturdido, Troyd no se dio cuenta de que la puerta se abría a sus espaldas.

Rell entró en la habitación y vio a Marfa en el suelo y a un hombre armado inclinado sobre ella. Un grito de furor brotó de sus labios.

Troyd se volvió sobresaltado. Quiso disparar, pero el recién llegado le ganó en rapidez, con una pistola que también disparaba balas-aguja.

Tres o cuatro proyectiles se hundieron en el cuerpo de Troyd,

dividiéndose inmediatamente en cien o ciento veinte diminutas agujas, que causaron horribles destrozos en el interior de su organismo. Troyd chilló espantosamente, manoteó un poco y rodó por el suelo, junto a su víctima.

Rell se abalanzó sobre Marfa. Pero apenas había dado tres pasos, cuando divisó la delgadísima columnita de humo que salía del orificio causado por el proyectil de Troyd.

El joven sufrió una fortísima sacudida.

— ¡Era un robot!

Rell se pasó una mano por la frente. Sentíase aturdido, desconcertado.

— ¿Cómo es posible que yo haya amado a un robot? —exclamó.

De pronto, comprendió la actitud de Marfa, rechazándole con despego, cada vez que quería acercarse a ella. Rozó con los dedos la piel de uno de sus brazos y en el acto advirtió la artificiosidad de aquella epidermis.

— Y otras veces no lo he notado…

La cabeza le daba vueltas. Lo que allí ocurría era un enigma que le resultaba absolutamente incomprensible.

De repente, oyó un ligero zumbido en la estancia, hacia la puerta que comunicaba con el dormitorio de Marfa.

La atmósfera se enturbió un poco, formando remolinos de distinta densidad que, sin embargo, afectaban muy poco a su transparencia. De súbito, se oyó un pequeño chasquido y Helia Svir se materializó ante sus ojos.

CAPÍTULO XI

La joven lanzó una exclamación de sorpresa, al encontrarse con aquel cuadro.

— ¡Pablo! ¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó.

Rell la miró fijamente.

— ¿No crees que, en todo caso, eres tú quien debe dar explicaciones? —contestó.

— Has averiguado la verdad...

— No toda —le interrumpió él—. Cuando yo llegué, este individuo, un camarero, acababa de matar al robot a quien yo creí Marfa Lassau. Quiso disparar contra mí también, pero yo me anticipé a él. Entonces vi salir humo del cuerpo de Marfa y pude darme cuenta de que sólo era una máquina, aunque, eso sí, de una perfección absoluta.

Helia sonreía de un modo extraño.

— Todavía no conoces la verdad, es cierto — continuó —. Pero antes de que te lo cuente todo, vamos a deshacernos del cadáver de Troyd.

— Lo conocías, ¿eh?

— Sí — admitió ella —. Vamos a enviarlo al hiperespacio. En cuanto al robot, tendré que hacerlo reparar para que me sustituya cuándo sea preciso.

— Helia, te aseguro que tengo la cabeza hecha un puro lío...

— No te aflijas; pronto lo sabrás todo. Vamos, trae el cadáver junto a la puerta.

Rell obedeció. Ella manipuló en los controles de tránsito hiperespacial y el muerto desapareció instantes más tarde.

— Luego me ocuparé de las manchas de sangre

— dijo Helia —. En cuanto a la reparación del robot, costará un poco más, aunque espero tenerlo listo para mañana por la mañana.

— Eres una mujer llena de enigmas — calificó Rell—, No sé si llegaré a comprenderte algún día...

— No tardarás en conseguirlo — aseguró ella—. Ven, entra en el dormitorio y tomaremos una copa mientras te lo cuento todo.

— Las dos cosas me hacen buena falta — suspiró el joven.

Helia sirvió el vino. Luego entró en el dormitorio y desapareció de la vista de Rell durante unos segundos.

— Saldré en seguida — dijo a través de las cortinas.

Rell supuso que Helia estaba cambiándose de ropa. Bebió un buen trago y luego oyó ruido de tacones femeninos.

Las cortinas se descorrieron. Marfa Lassau apareció ante sus ojos, sonriéndole hechiceramente.

— Hola, Pablo — saludó con voz llena de dulces insinuaciones.

Rell sintió vértigos. Las piernas le flaquearon de pronto y se vio obligado a sentarse en un sillón.

— Increíble — dijo—. Un disfraz perfectísimo...

— Un psicodisfraz es la palabra correcta, Pablo — puntualizó Helia.

* * *

— En estos momentos hay un robot en la granja que tiene mi figura..., es decir, la de Helia Svir. Pero tanto Helia como Marfa no son sino una sola persona.

— Y dos robots — dijo Rell, que ya empezaba a recobrarse de la sorpresa recibida.

— Claro. Es preciso mantener la ficción cuando yo me encuentro ausente de uno de los dos sitios.

— Sí, pero, ¿cómo te desplazas a la granja y cómo regresas de ella?

— Tengo un canal hiperespacial que pone en contacto los dos lugares — explicó ella —. Instalado, naturalmente, por mi amigo el ingeniero...

— Aparte de otro canal que sirve, digamos, de expulsor de «desperdicios».

— Resulta útil, ¿no? —dijo la joven, lánguidamente reclinada en el diván.

— Por supuesto. Pero hay algo que quiero saber con certeza.

— ¿Qué es, Pablo?

— Tu verdadera identidad. ¿Eres Helia o Marfa?

Ella lanzó una carcajada.

— Helia — contestó —. Y puedes seguir llamándome así, mientras estemos a solas. Tú eres el único que conoce mi secreto..., aparte de mis superiores.

— ¡Hum! Eso que acabas de decir me huele a organización de altos vuelos.

— Muy altos vuelos, en efecto —convino ella —. Yo pertenezco a una agencia de lo que antiguamente se llamaba de detectives o de información. Realizamos siempre trabajos muy delicados y, por supuesto, de gran importancia. Nunca regateamos los medios para

conseguir nuestros propósitos, aunque debo decirte que jamás actuamos de una forma ilegal. Por descontado que hemos de defendernos, si somos atacados, pero, insisto nunca cometemos crímenes ni otra clase de delitos para realizar la misión encomendada.

— Y, en este caso, ¿para quién trabajáis?

— Es un asunto que debe realizarse, además de con discreción, evitando toda implicación política. La Primera Regla Planetaria, la Unión de los Dieciocho Mundos y la Confederación de Naciones Galácticas, son nuestros clientes conjuntos en este caso. Entre sus ministros se han celebrado, hace ya bastante tiempo, por supuesto, reuniones secretas, a fin de resolver el problema que constituye Asthor-2. Como consecuencia de ello, se nos encargó a nosotros intentar el adecentamiento del planeta.

— Con vistas al futuro, supongo.

— Indudablemente — corroboró Helia —. La absurda situación de Asthor-2 tiene que acabarse; pero, más que nada, conviene terminar no sólo con los piratas del espacio, que encuentran aquí cómodo y seguro refugio, sino también con lo que es una vergüenza en pleno siglo XXIV; los mercaderes de esclavos.

— El asunto no tiene nada de fácil, Helia — advirtió Rell.

— Lo sabemos desde el principio. Pero ya hemos asestado, con tu ayuda, desde luego, unos buenos golpes a Budnan. Podríamos haberle atacado a él desde el primer momento, pero hemos estimado que conviene debilitar sus defensas, a fin de no errar en el momento del ataque definitivo.

— Bien, supongamos que se consigue. ¿Qué sucederá entonces en Asthor-2? Me parece, incluso, más fácil expulsar a los piratas que a los mercaderes de esclavos.

— Budnan es todavía una potencia en este planeta. Una vez falte él, los piratas que quedan, ya de poca monta, comprenderán que su época ha pasado y emigrarán, suponiendo que no hayan sido atrapados antes. Y, en cuanto a los mercaderes de esclavos, una vez desaparecidos los piratas, se presentará en el planeta una fuerza conjunta de Infantería del Espacio, que lo ocupará y lo declarará sujeto a las leyes comunes de la Galaxia. La esclavitud será abolida, por supuesto. Durante un tiempo, y mientras los soldados hacen una limpieza general de indeseables, reinará la ley marcial. Luego se permitirá que los ciudadanos honrados se agrupen y elijan a sus representantes, para dictar leyes particulares y nombrar un gobierno que represente a Asthor-2 en la Asamblea General de Planetas habitados.

— En tal caso, Asthor-2 perderá su independa…

— No. Quedará como planeta libre, aunque no en el sentido que tal denominación tiene hasta ahora. No estará sujeto a ninguna entidad política supraplanetaria y ninguna de éstas podrá influir en el régimen interior de Asthor-2 de manera superior a las otras. Pero, a cambio de ello, Asthor-2 deberá sujetarse a las leyes generales de la Galaxia.

— Ahora ya lo comprendo todo — dijo Rell —. Pero ¿por qué te has metido tú en este jaleo?

Los ojos de Helia se iluminaron.

— Aunque no lo parezca, hay en Asthor-2 más personas decentes de lo que se cree. La gente honrada tiene ganas de vivir en paz, quiere que desaparezcan los piratas y los mercaderes de esclavos y los forajidos que infestan el planeta…

— Tal vez muchos colonos se opongan a que desaparezca la esclavitud. Un esclavo es un operario que no cuesta más que la comida y un poco de ropa —manifestó Rell.

— Los colonos que compran esclavos lo hacen porque no tienen otro remedio, si quieren disponer de operarios. Pero, a salvo algunos recalcitrantes, la mayoría está en contra de este régimen inicuo. Además, no olvides que las máquina» realizan la mayor parte del trabajo en las plantaciones y en las granjas.

— En eso estoy de acuerdo. Pero, puesto que soy tu esclavo…

— Sólo nominalmente —puntualizó Helia.

— En tal caso, soy tu empleado. Y un empleado ha de tener imaginación, si quiere prosperar.

— ¿Qué es lo que piensas hacer, Pablo? —preguntó ella, intrigada.

— Por lo que sé y muerta Sally «La Tigresa», sólo queda en Asthor-2 un pirata de cierto relieve.

— Duff «El Orejudo».

— El mismo —corroboró Rell—. ¿Sabes si está en Asthor-2?

— No, pero puedo enterarme…

— Averígualo, quiero entrevistarme con él. Forma parte de… de mi programa de iniciativa personal.

— Está bien, en cuanto sepa algo, te lo diré. Pero ¿no puedes anticiparme en qué consiste ese programa, Pablo?

Rell se puso en pie y se acercó a la joven. Sentóse a su lado y la abrazó estrechamente.

— Helia, cuando vi al robot en el suelo, me quedé horrorizado. ¿Cómo era posible, me preguntaba, que hubiera amado a una máquina?

Ella sonreía divertidamente.

— Me hubiera gustado ver la cara que ponías, en efecto — dijo.

— Pero, por fortuna, no ha sido así. Ahora, sin embargo, tienes que resolverme un problema, Helia.

— Dime, Pablo.

— ¿A cuál de las dos he de amar? ¿A Marfa o a Helia?

Ella le abrazó estrechamente.

— Con cualquier apariencia, sólo soy una, Pablo — murmuró en su oído.

* * *

— He oído hablar bastante de ti, Pablo Rell — manifestó Duff «El Orejudo» —. Y si he de decirte la verdad, me sorprende, no sólo tu audacia, sino la desfachatez que has tenido al venir a verme.

Rell no pestañeó siquiera. Durante un segundo, contempló las enormes orejas que eran el principal rasgo fisonómico del pirata. «Un apodo bien merecido», pensó.

Luego dijo:

— Quería hablarte personalmente, Duff. Estimo que es un procedimiento más cómodo que por medio de un mensaje, bien escrito, bien enviado por otra persona.

— Eso me parece estupendo. Pero no puedo olvidar que eres un tipo muy astuto y que tipos como Sleary, Ramírez y Sally faltan ya de Asthor- 2, debido a tu actuación. Comprenderás que no voy a permitir que hagas lo mismo conmigo.

Rell paseó la vista por el círculo de rostros hostiles que le contemplaban a poca distancia.

— Es decir que piensas liquidarme — dijo.

— En cuanto hayas hablado — corroboró el pirata fríamente.

— Muy bien, no te lo impediré. Pero apenas me ponga alguien la mano encima, explotaré como una bomba y todos vosotros iréis al infierno. ¿Pensabas que no iba a venir prevenido, Duff?

«El Orejudo» respingó.

— Es una fanfarronada...

Rell tenía la mano derecha puesta sobre su cinturón.

— Por muy rápido que actúes tú o cualquiera de tus hombres, nada me impedirá presionar la espoleta de ignición de la bomba — dijo.

Duff se removió inquieto en su asiento.

— Está bien — masculló—. Dime qué quieres de una vez y lárgate.

— Voy a decirte una cosa, Duff. Creo que te conviene visitar a Budnan. Tal vez él te dé una solución para el conflicto que acabo de plantearte. Pero cuando vayas a verle, entrégale esta grabación.

La mano izquierda de Rell depositó sobre la mesa un pequeño magnetófono, poco mayor que un dedo pulgar. Duff contempló el objeto con ojos de asombro.

— Puedes escucharla tú si quieres — dijo Rell —. Pero cuando la hayas escuchado, creo que encontrarás lógico el que se la lleves personalmente a Budnan.

El joven se encaminó hacia la puerta.

Desde allí, se volvió y dirigió una sonrisa al pirata.

— Ah, y cuando veas a ese viejo buitre, dale mis recuerdos y dile que cualquier día, cuando menos se lo espere, iré a ajustar cuentas con él.

* * *

— Ese condenado Rell nos va a marear a todos — dijo «El Orejudo» coléricamente—. A mí no me importa que lo quiera usted vivo, para saldar viejas rencillas. Lo que yo quiero es quitármelo de en medio... o que se encargue usted del trabajo. ¿Para qué diablos, si no, le pago un veinticinco por ciento de mis ganancias?

Budnan no se inmutó por la violenta andanada que le dirigía el pirata.

— Lo tuviste en tus manos. ¿Por qué lo dejaste escapar, Duff?

— Dijo que llevaba encima una bomba y que la haría explotar allí mismo, si intentábamos matarle. Puede que fuese mentira, pero, ¿cómo saberlo? Oiga, cuando alguien me dice una cosa semejante, yo me muestro siempre muy precavido, ¿comprende?

— Está bien, Duff, pero, dime, ¿sólo has venido para contarme tus penas? —preguntó Budnan sarcásticamente.

— Rell se ha cargado a Sleary, a Ramírez y a Sally «La Tigresa». Como comprenderá, yo no estoy dispuesto a permitir que haga lo mismo conmigo.

Los ojos de Budnan se entrecerraron un poco, mientras sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

— Hagamos un trato, Duff —propuso.

— ¿Sí? —murmuró el pirata.

— Quiero vivo a Rell. Tráemelo y, a cambio de él, dejaré de cobrarte para siempre el veinticinco por ciento de lo que consigas por ahí.

Duff meditó un instante. Luego dijo:

— No es mal trato. Y, en medio de todo, lo mismo me da que sea usted que otro cualquiera quien elimine a ese condenado Rell. Cuente con su prisionero, señor Budnan.

— Ten cuidado, Duff. Otros, antes que tú, dijeron algo parecido y no viven para contarlo.

— A mí no me sucederá nada de eso —dijo el pirata fanfarronamente—. Ah, y ahí le dejo esa grabación. Rell me encargó que se la entregase a usted en persona. Escúchela, se lo recomiendo; se trata de una conversación que no tiene desperdicio.

Duff se encaminó hacia la puerta.

— Le traeré a Rell, seguro —se despidió.

CAPÍTULO XII

La voz de «El Orejudo» brotó a través del altoparlante:

— Le traeré a Rell, seguro.

Rell alargó la mano y movió el interruptor. Helia, bajo la apariencia de Marfa Lassau, cambió con él una mirada.

— Eres astuto, Pablo — dijo con admiración.

— El cartucho de cinta contiene, además, una diminuta emisora de radio. Por supuesto, no es el original, con el cual grabé la conversación de Begham y Sally, sino otro un poco mayor, claro.

— Creo que acerté al comprarte — sonrió ella. —¿Por qué lo hiciste? —preguntó Rell.

— Una vez derribaste una nave de los cazadores de esclavos, sólo con la fuerza de tus manos. La noticia se extendió, como es lógico. Me interesé por ti, pero no podía encontrarte. Creo que, antes que tú, nadie había sido capaz de derribar la nave, pero es que, además de fuerza, se necesita habilidad y tú supiste combinar bien ambas cualidades.

— Entiendo. Y ¿cómo te enteraste de mi captura?

— Los que te atraparon vinieron a la taberna y se ufanaron de haber triunfado, allí donde otros habían fracasado. Entonces corrí a comprarte.

— Dejando aquí al robot en tu lugar.

Helia hizo un gesto de asentimiento.

— En nuestra agencia no regatean los medios para triunfar en la misión asignada — dijo.

— Lo he visto. Bien, ahora ya sólo falta esperar la reacción de Duff «El Orejudo».

— Tratará de hacerte prisionero. ¿Cómo piensas contraatacar, Pablo? — quiso saber ella.

— Tendré que estudiar el medio más apropiado, aunque, en líneas generales, puedo decirte que trataré de anticiparme a él. No sé cómo lo haré; aún no he pensado nada al respecto. Pero creo que es el mejor método para evitar el ataque de Duff.

— De acuerdo, Pablo. ¿Qué harás después?

Los ojos del joven se iluminaron.

— Eso ya está resuelto — contestó —. Iré a ver a Budnan. Saldaremos la cuenta que tenemos pendiente.

— No te será fácil llegar hasta él. Puedes quedarte en el empeño,

Pablo.

— Correré todos los riesgos que sean necesarios, Helia. ¿Sabes?, Asthor-2 me gusta muchísimo..., pero sobre todo el lugar donde tienes la granja. Por cierto, ¿es tuya o de tu agencia?

Helia sonrió.

— Ocupé los terrenos sin más requisitos, porque, por ahora, no son necesarios trámites legales — contestó—. Naturalmente, el equipo y máquinas fueron suministrados con parte de la suma que me entregó la agencia para gastos.

— Vale un montón de dinero, Helia.

— Sí, pero cuando hayamos terminado saldaré cuentas con el administrador. En vez de dinero, le diré que me ceda la propiedad de los edificios y del resto del equipo y herramientas.

— Entonces, quieres quedarte en Asthor-2.

— Cuando te dije que este planeta me gustaba enormemente, era sincera, Pablo. Y —Helia lanzó un profundo suspiro—, es hora ya de establecerse en un sitio fijo.

— Lo mismo pienso yo — sonrió el joven.

Una lámpara centelleó súbitamente en el receptor de radio. Rell se precipitó hacia el aparato, a la vez que decía:

— El emisor funciona de nuevo, Helia.

Una voz de timbre más bien estridente, irrumpió en la estancia. Budnan dijo:

— Entra, Jim; quiero que oigas algo muy interesante.

* * *

La cara de Begham estaba completamente blanca.

— ¡No, no es cierto! — chilló, apenas hubo terminado la grabación—. Se trata de una mentira... una imitación perfecta de nuestras voces...

— Jim — dijo Budnan —, ¿cómo puedes ser tan tonto para pensar que puedo tragarme esa fábula? ¿Es que no te das cuenta de que te conozco demasiado bien?

— Escuche, señor Budnan; ese Rell es un sujeto diabólico... Sólo quiere sembrar la desconfianza y la discordia entre nosotros...

Budnan meneó la cabeza con gesto pesimista.

— Tal vez haya algo de cierto en lo que dices — admitió —, pero, si nosotros mismos no nos ayudamos, ¿quién lo va a hacer? Te di una orden y tú te pusiste de acuerdo con Sally para ocupar mi puesto. Lo siento por ti, Jim.

Loco de pánico, Begham sacó una pistola, sin acordarse de que

Budnan estaba protegido por una mampara de vidrio, absolutamente transparente y capaz de resistir el impacto de cualquier proyectil. Los disparos de Begham apenas si alteraron la lisura de la superficie de la mampara.

Begham lanzó un chillido de furia. Quiso volverse, pero, en el mismo momento, se sintió izado a pulso por ambos brazos.

Aulló, rugió, pataleó... Todo fue inútil; los hombres que le sostenían y que habían entrado silenciosamente en la habitación eran auténticos Hércules.

— Al lago — ordenó Budnan fríamente.

Un horrible alarido partió de la garganta de Begham. Indiferente a sus gritos, Budnan se inclinó a un lado y conectó una pantalla de televisión.

La imagen mostró un trozo de la superficie líquida. Poco después, los esbirros aparecieron en la pantalla, sosteniendo ahora a su prisionero conjuntamente por los brazos y las piernas.

Los dos hombres balancearon varias veces el cuerpo de Begham, para tomar impulso. En el momento adecuado, lo soltaron, lanzándolo a más de veinte metros de distancia.

* * *

— ¿Qué hay en el lago? —preguntó Rell, después de cerrar la conexión.

— Peces carnívoros — contestó Helia.

Rell se estremeció.

— Horrible — calificó.

— Ninguno de esos peces mide menos de setenta centímetros de largo y la mitad de su cuerpo es sólo cabeza y dientes. De una sola dentellada, pueden cortarte un brazo. No son como los que se conocen habitualmente, que, en pocos minutos, dejan el esqueleto mondo. Los que hay en el lago que rodea la fortaleza de Budnan se comen todo, hasta los huesos.

— Sigue — dijo él, muy interesado en las palabras de la joven—. ¿Qué más trampas hay en el camino?

— La fortaleza está en el centro de una isleta, que no mide más de cien metros de largo por cincuenta o sesenta de ancho, y a un nivel de diez o doce sobre la superficie del lago. La orilla más próxima dista unos cuatro kilómetros y por aire tampoco es posible llegar.

— ¿Por qué, Helia?

— Budnan tiene constantemente en funcionamiento unas

potentes baterías de rayos termoluminícos, con un alcance máximo de cuarenta kilómetros. Esos rayos funden literalmente todo metal dentro de una semiesfera de dicho radio: lo mismo una nave que cualquier proyectil que se lance contra la fortaleza. Por supuesto, hay espacios muertos, pero los proyectores tienen un sistema de orientación automática, lo que impide que la nave o el proyectil penetren a más de un kilómetro en el interior de la barrera.

— Bien, pero de alguna forma se llega a la fortaleza, ¿no?

— Efectivamente. El que quiere visitar a Budnan debe anunciarlo previamente por radio, desde cien kilómetros de distancia. Entonces, el visitante ha de dejar los mandos de su nave y permitir que Budnan la guíe desde la isla. Y lo mismo sucede si se emplea una embarcación, para llegar por la superficie del lago.

— No descuida precauciones, el viejo buitre — comentó Rell.

— Es un medio de concederse prestigio a sí mismo —sonrió Helia—. Pero a mí, hasta la fecha, no se me ha ocurrido ningún método para penetrar subrepticiamente en la fortaleza de Budnan.

— Ya pensaré algo —dijo él—. Mientras tanto, lo más importante es la entrevista con Duff «El Orejudo».

— ¿Tienes ya alguna idea para adelantarte a su ataque?

— Tal vez — contestó Rell con aire enigmático.

— ¿No puedes adelantarme...?

— Yo tengo que hacer algunas cosas. Mientras tanto, me gustaría que adquirieses información acerca del lugar donde reside Duff habitualmente.

— De acuerdo. ¿Algo más?

— Sí, necesitaré un auxiliar y... ¿Cómo estás de fondos?

— No es problema, Pablo. ¿Qué dinero te hace falta?

— El suficiente para comprar un esclavo, Helia.

* * *

Kurt Norblad contempló con asombro y hasta con temor al hombre que se sentaba desenvueltamente en uno de los ángulos de su mesa de despacho. Rell se divertía contemplando la cara que ponía el mercader de esclavos.

— ¿Pue... puedo servirte en algo? —preguntó Norblad.

—Véndeme a un tal Pete Gussir —pidió el joven.

— ¿Para qué lo quieres? Oh, dispensa, es una pregunta tonta...

— Muy tonta, en efecto — convino Rell —. ¿Cuánto vale Gussir?

— Te... te haré un precio de amigo... Cuarenta mil.

— Eres un ladrón, Kurt Norblad.

— Gussir es un tipo muy fuerte y, además, posee un título muy apreciado por estos parajes. Es doctor en ingeniería...

— Todo eso ya lo sé, saco de grasa — dijo Rell —. Contando que por mí te pagaron cien mil, te daré cinco mil y, aun así, ganarás más del doble por nosotros dos que lo que ganarías por una pareja de tipos corrientes. Anda, haz que llamen a Gussir y ve preparando la documentación.

Norblad se echó las manos a la cabeza.

— ¡Cinco mil! —se lamentó—. Mi ruina...

Rell se mantuvo inflexible.

— Cinco mil y ni un céntimo más, Kurt — dijo —. O te pegaré dos tiros aquí mismo.

Los ojos de Norblad se fijaron en la pistola que pendía del cinturón de su inesperado visitante. Podía pedir socorro a sus guardianes, pero lo que éstos hicieran con Rell ya no le importaría nada, porque estaría muerto.

Resignado, tocó un interruptor y dijo:

— Traigan a Pete Gussir inmediatamente.

— Sí, señor — contestó alguien a través del interfono.

— Es extraño que no te hayan comprado todavía a Pete — comentó Rell.

— Es un tipo muy valioso y nadie quería pagar por él los cuarenta mil que yo pedía —explicó Norblad afligidamente.

— No te quejes, cuervo: con Pete y conmigo, has hecho el mejor negocio de tu vida.

Minutos más tarde, Gussir entraba en el despacho, acompañado de un vigilante. Los ojos del individuo se iluminaron al reconocer a Rell.

— Me alegro de verte, Pablo — dijo, estrechándole la mano con fuerza.

— Lo mismo digo, Pete — sonrió el joven —. ¿Sabes que ahora eres mi esclavo?

— No me digas —se asombró Gussir—. ¿Tanto has progresado en los últimos tiempos?

— Eso parece, Pete, pero ya hablaremos por el camino. — Rell se volvió hacia el mercader —. Estoy por apostar que, apenas hayamos salido de tu casa, informarás a Budnan.

— ¿Por quién me has tomado? —protestó Norblad—. No soy un soplón...

— Desde luego, pero, por si acaso, voy a asegurarme de que no lo haces.

Rell sacó algo del bolsillo y lo colocó sobre la mesa.

— Estallará dentro de un minuto — anunció —. Pero también estallará si intentas quitarlo de donde yo lo he dejado. ¡Vámonos, Pete!

Los dos hombres echaron a correr hacia el lugar donde el joven había dejado su gravimóvil, el cual se elevó en los aires segundos más tarde. Desde unos doscientos metros de altura, Rell tuvo el inmenso placer de ver volar en mil pedazos la casa del mercader de esclavos.

— Se lo tenía bien merecido —dijo Gussir—. Y ahora, Pablo, ¿puedo saber en qué es lo que puedo ayudarte?

— No hay inconveniente. Necesito tu colaboración, para entrar en la guarida de Jano Budnan.

CAPÍTULO XIII

Mientras volaban hacia Asthrea, Rell hizo una exposición de sus proyectos. Gussir aprobó la mayoría, pero en cambio, formuló objeciones a algunos de ellos.

— Estoy de acuerdo —dijo Rell—. Pero, precisamente por eso, he venido a buscarte.

— Por el aire no podrás entrar — aseguró Gussir—. Se necesitaría una instalación demasiado complicada y costosa, pero más todavía en tiempo que en dinero. Y Budnan no dejaría de averiguarlo, lo que nos acarrearía las inevitables complicaciones, con graves riesgos de fracaso. Aparte de que, incluso consiguiéndolo, debe de tener medios digamos mecánicos para derribar cualquier aparato sospechoso, cohetes corrientes, por ejemplo, no influibles por sistemas electrónicos de interferencia.

— Entonces, no me queda otro camino que el lago, Pete.

— Justamente, Pablo. Te guste o no, y suponiendo que persistas en tu idea, tendrás que ir por el lago.

— Bien, ya pensaré algo al respecto...

— Pero todavía hay más, Pablo. Supongamos que atraviesas el lago sin novedad. Tendrás que enfrentarte con los vigilantes de Budnan.

— ¿Son muchos. Pete?

— Más que el número, importa su calidad. ¿Has oído hablar alguna vez de los nativos de Grobnyr-5?

— No. ¿Qué clase de sujetos son?

— Te haré una descripción muy rápida, Pablo. Estatura media, de dos metros cuarenta a dos y medio. Peso medio, ciento cincuenta kilos. Agilidad: doscientos metros lisos en diecisiete segundos. Potencia muscular... Bueno, imagínatelo tú mismo.

Rell lanzó un silbido.

— Buenos tipos —comentó—. ¿Qué más?

— En cambio, tienen un ligero inconveniente: una animalidad casi total. Son seres humanos, pero más por la figura que por la inteligencia. Ahora bien, en casos así, conviene no despreciar el puro instinto animal, ¿me entiendes?

— Lo tendré en cuenta — exclamó el joven. De repente, dijo—: ¡Pete, creo que ya lo he hallado!

— ¿A qué te refieres, Pablo? —preguntó Gussir.

— Se me acaba de ocurrir una idea formidable para atravesar el

lago — contestó Rell —. Pero ahora, más que nunca, necesitaré de tu ayuda.

— Cuenta con ella —respondió el otro llanamente.

* * *

Helia contempló con aprensión los movimientos de Rell.

— Así pues, estás decidido —dijo.

— Sí, preciosa — contestó él, sonriendo.

— Estoy segura de que no encontrarás desprevenido a Duff.

— Tú misma me has dicho que sus secuaces merodean continuamente por la taberna.

— Es cierto, Pablo.

— Lo cual indica que me anda buscando desesperadamente.

— Y te encontrará...

— No lo creas. — Rell terminó de hebillarse el cinturón—. Yo seré quien le encuentre a él.

Se acercó a la joven y la agarró por los hombros.

— No temas —dijo—. Saldré adelante... y nos iremos a vivir a tu granja, en un Asthor-2 completamente pacificado.

Ella asintió.

— Pero te voy a dar un consejo — agregó el joven.

— Sí, Pablo.

— No bajes hoy al local. Quédate aquí. Seguramente, Duff conoce nuestra reacción. No me gustaría que te raptase para hacer presión sobre mí.

— Esa idea no se me había Ocurrido...

Rell le dio una suave palmada en la mejilla.

— Hay que pensar en todo, nena — dijo, al despedirse.

* * *

Katt Ordney, el segundo de Duff, estaba en la taberna, acompañado de uno de sus más fieles secuaces.

Llevaban largo rato en el local y ya empezaban a impacientarse. Actuando con disimulo, Ordney sacó un diminuto transmisor de su bolsillo y se lo acercó a los labios.

— Jefe, por ahora no hay rastro de nuestro hombre —informó.

— Debe de estar en su departamento. Llevamos aquí tres horas y tampoco se la ha visto.

— Rell andará por alguna parte, y ella, no hay duda, lo tiene

que saber. Sube con Cletius a su departamento e interrógala. Si se resiste, tráela a casa, pero deja una nota para que lo sepa Rell.

— De acuerdo.

Ordney guardó el transmisor.

— Vamos, Cletius.

Los dos hombres se levantaron al mismo tiempo. Con aire intrascendente, caminaron hacia las escaleras que conducían al piso superior. Había reservados y por ello no extrañó a nadie su actitud.

Minutos después, se detenían ante una puerta señalada con el rótulo de PRIVADO. Ordney tanteó el pomo y encontró que podía abrir sin dificultad.

Los dos hombres atravesaron el umbral. Una voz femenina sonó en el interior del departamento:

— ¿Quién es?

Ordney se puso un dedo en los labios, recomendando silencio a su acompañante. Helia apareció segundos más tarde.

— Oh — dijo —. ¿Quién les ha dado permiso para entrar aquí?

Ordney sonrió.

— Queremos hacerle una pregunta, señora Lassau — dijo.

— ¿Sí? —contestó ella, alzando una ceja.

— La pregunta es: ¿dónde está Rell?

— No lo sé.

— No te dirá nada por las buenas, Katt — opinó Cletius.

— Entonces, hablará a la fuerza.

Helia permaneció en el mismo sitio. Los dos hombres avanzaron hacia ella.

— No nos gustaría hacerte daño — manifestó Ordney.

Helia permaneció inmóvil, bajo el dintel de la puerta que daba a su dormitorio. De repente, los dos hombres sintieron que el suelo les fallaba bajo los pies.

Chillaron. Sus gritos se alejaron con terrible rapidez.

Helia inspiró con fuerza.

— Tengo que escribir una carta dándole las gracias al hombre que me instaló este agujero hiperespacial — murmuró.

Y acto seguido, corrió al dormitorio y buscó un transmisor de radio.

— ¡Pablo! —llamó ansiosamente —. ¿Me oyes?

— Sí, cariño. ¿Te ocurre algo malo?

— Tenías razón, dos de los hombres de Duff intentaron atacarme. Eran su segundo, Ordney y un tal Cletius.

— ¿Te han hecho daño, hermosa?

— No. Cuando me di cuenta de que alguien entraba sin permiso

en mi departamento, conecté el agujero hiperespacial y…

— Buena idea — aprobó el joven —. Sigue cuidándote, guapa.

— Pablo, ¿cuándo… cuándo actúas…?

— Estoy ya sobre el objetivo — respondió él —. Ahora no me distraigas; ya te llamaré después de haber hablado con «El Orejudo».

* * *

Los ojos de Duff contemplaron las cuatro pantallas de televisión que tenía ante sí y que le permitían contemplar los alrededores de la casa, sin ángulos muertos e incluso en la oscuridad de la noche, debido a que las cámaras que captaban las imágenes estaban provistas de objetivos especiales para la visión nocturna. Todo parecía tranquilo y no se advertía el menor síntoma sospechoso.

A pesar de ello, Duff no se fiaba. Presentía que Rell acabaría yendo a buscarle. Y su captura le interesaba, porque le permitía liberarse del pesado porcentaje que entregaba a Budnan.

Sus hombres estaban distribuidos estratégicamente por los alrededores de la casa. Duff los había armado con pistolas anestésicas.

Budnan quería vivo a Rell.

— Y vivo lo tendrá —masculló.

Su último golpe le había reportado una ganancia neta de casi dieciséis millones. Sin moverse de su guarida, Budnan había percibido bastante más de tres millones y medio, como porcentaje.

Resultaba lógico que Duff quisiera capturar vivo a Rell. El pirata tenía ya la información de una astronave comercial, que podía proporcionarle unos veinte millones de ganancia. Ahorrar cinco millones no era una fruslería, precisamente.

Los piratas de vigilancia patrullaban constantemente los alrededores de la casa, moviéndose sin cesar por el bosquecillo que la rodeaba. En medio de todo, Duff era un romántico y le gustaba el contacto con la naturaleza, cuando se hallaba en tierra firme. Aquellos pinos eran muy parecidos a los terrestres, y el lugar, lejos de la alborotada capital del planeta, resultaba sumamente atractivo y tranquilo.

A ninguno de ellos se le ocurrió pensar que la amenaza podía llegar del cielo. Lo mismo le pasó a Duff.

La sombra descendió con silenciosa lentitud hasta posarse en la terraza del edificio. Rell se quitó los atalajes y depositó en el suelo los propulsores individuales, movidos por antigravedad, por medio

de los cuales había hecho el viaje hasta el objetivo.

Había volado a gran altura, descendiendo luego verticalmente. Una vez en la terraza, buscó la puerta que permitía el acceso al interior del edificio.

CAPÍTULO XIV

— ¡Katt! ¡Contesta! ¿Es que no me oyes? ¡Contesta, por todos los diablos! —gritó Duff exasperadamente ante su emisora de radio.

— Amigo mío, temo que Ordney y Cletius no se encuentren en estos momentos en situación de contestarle — sonó de repente la voz de Rell.

El pirata pegó un brinco en el asiento.

— ¡Rell! — aulló.

— Yo mismo —dijo el joven, sonriendo, a la vez que cerraba la puerta con el pie —. No creía que llegase ileso hasta usted, ¿verdad?

Duff le contemplaba con ojos desorbitados.

— ¿Por dónde ha entrado? —aulló.

— Es usted muy descuidado, «Orejudo» — contestó Rell, sin dejar de sonreír —. Ya me imagino que tiene su casa bien vigilada...

— Ni una mosca podría pasar sin que yo lo supiera en el acto.

— Es que yo no soy una mosca, creo. Aunque, a decir verdad, he empleado el mismo procedimiento que las moscas.

Duff se pegó una palmada en la frente.

— ¡La terraza! — exclamó.

— Justamente — confirmó Rell —. Duff, ustedes son muy hábiles para según qué cosas, pero también pecan del vicio de la rutina. Esto, amigo mío, para un tipo que vive del robo y del asesinato, resulta imperdonable. Renovarse o morir, como dice el antiguo adagio.

Duff se reclinó en su sillón.

— Antes ha dado a entender que no tenía que contar con Ordney ni con Cletius —dijo—. ¿Qué ha sido de ellos?

— Ya no son —contestó Rell simplemente.

— ¿Muertos?

El joven se encogió de hombros.

— Es muy posible. Fueron proyectados al hiperespacio y, me parece, no es un lugar muy habitable.

— Pero ¿cómo...? — Duff se sentía atónito puesto que captaba la verdad en las palabras su visitante.

— Eso es lo de menos ahora, Duff — replicó el joven —. Escuche, voy a hacerle una pregunta. Y, en mi opinión, debe aceptarla.

— Lo dudo mucho, Rell — gruñó el pirata.

— Asthor-2 está en vías de perder la mala fama que tiene. Va a convertirse en un planeta habitado por gentes honradas y trabajadoras. Los tipos como usted no tendrán nada que hacer aquí. Aproveche ahora que es tiempo y abandone el campo.

— ¿Me propone que me largue de Asthor-2?

— Justamente, Duff.

— Me gustaría saber qué ocurriría si no acatase su consejo, Rell.

— Duff, le convendría recordar qué fue de Sleary, Ramírez y Sally «La Tigresa» —contestó el joven.

— Piensa que a mí me va a pasar lo mismo — dijo Duff.

— Eso depende de usted más que de mí, «Orejudo».

— Hay una cosa que me extraña, Rell. Mejor dicho, dos; y me gustaría que usted me sacase de dudas, antes de darle mi respuesta definitiva.

— Hable, Duff.

— Primero, ¿por qué tiene Budnan tanto interés en apresarle vivo a usted?

—Es un asunto personal. Hace años yo maté a su hijo.

— Ah, el mundo no perdió nada con la muerte de aquel sinvergüenza. Aunque enemigos, le felicito por lo que hizo, Rell.

— Gracias, Duff. ¿Cuál es la otra cosa que quiere saber?

— Ha eliminado a tres de los piratas de mayor nombradla. Ahora quiere hacer lo mismo conmigo. ¿Por qué?

— Aparte de las razones de «limpieza» ya mencionadas, por otro motivo muy sencillo. Ustedes eran los más importantes. La gente verá que la protección de Budnan no sirve para nada. Otros sí tomarán ejemplo y evitarán que les suceda lo mismo. ¿Lo comprende ahora?

Duff hizo un gesto de asentimiento.

— Sí, pero de nada le va a servir, Rell. Tengo ya una pistola en la mano. La suya está en la funda. Usted no podrá desenfundarla antes de que yo apriete el gatillo... ¡qué va a ser ahora mismo!

Las últimas palabras de Duff se confundieron con el seco chasquido del arma. Duff lanzó un terrible alarido y se llevó ambas manos al pecho, herido por veinte agujas.

— Pero, ¿qué...?

— Llevo una coraza electromagnética, pero no del tipo común, sino de la que devuelve proyectiles. El que usted ha disparado está ahora dentro de su cuerpo, Duff.

Los ojos del pirata voltearon agónicamente en las órbitas. Fue a decir algo, pero, de repente, se derrumbó a un lado y cayó al pie de

la mesa.

Rell lo contempló durante unos segundos. Luego, sin hacer ruido, salió de la estancia y emprendió el camino de la terraza.

Momentos después, se elevaba silenciosamente en las alturas. Desde unos cien metros de distancia, gritó con voz tonante:

— ¡Es inútil que sigan vigilando! ¡Duff ha muerto!

La sorpresa de los piratas fue enorme. Rell completó su información con el lanzamiento de una docena de minúsculas bolitas que, en realidad, no eran otra cosa que potentes granadas de mano.

Las explosiones resonaron atronadoramente e hicieron escapar despavoridos a los piratas. Rell completó su obra, lanzando cuatro o cinco bombas más contra la terraza del edificio, que se hundió con tremendo estrépito.

No lo hizo para divertirse, sino para probar a los forajidos que sus palabras eran ciertas. Antes de que los desconcertados piratas pudieran recobrarse, él se había perdido ya en la oscuridad de las alturas.

* * *

Los largos dedos de Budnan tabalearon sobre la mesa. Norblad, sentado frente a él, se secaba con frecuencia el sudor de la frente.

— Ese hombre es el mismísimo demonio, señor Budnan — dijo, muy nervioso —. Ya ha eliminado a los cuatro capitanes piratas más importantes, y no da trazas de parar. Tiene que hacer algo...

— Estoy pensando, Kurt — respondió Budnan, sin alterarse.

— El negocio se va a acabar — gimió el mercader de esclavos—. Tendremos que marcharnos de aquí. Será nuestra ruina, créame.

— Todavía estamos en Asthor-2, Kurt. He recibido unos cuantos golpes, nada suaves por supuesto, pero ya me desquitaré.

— Sí, pero, ¿cuándo? Porque si esto sigue así...

— Kurt, ¿cree que no estoy más preocupado que usted? Rell ha tenido éxito hasta ahora; esto es indiscutible, pero alguna vez se le ha de acabar la buena suerte. Y eso sucederá mucho antes de lo que usted mismo piensa.

— Si no se da prisa en hacer algo pronto, señor Budnan...

— Las prisas son siempre malas consejeras — dijo Budnan sentenciosamente —. He podido darme cuenta de que, en efecto, Rell ha eliminado a los cuatro piratas de mayor importancia, Y no lo ha hecho sólo por quitarlos de en medio; simplemente, ha tratado de demostrar a los demás que mi protección es inútil. Pero cuando

yo haya acabado con él, todo el mundo verá quién es el verdadero amo de Asthor-2.

«Tú, viejo ladrón — pensó Norblad —. He vendido once esclavos este mes y, de los ciento ochenta mil discos que he sacado, he tenido que pagarte cuarenta y cinco mil».

— Nadie lo ha dudado, señor Budnan — dijo en voz alta —. Pero ahora es preciso...

— Kurt, no me diga lo que tengo que hacer — le interrumpió el otro ásperamente—. Le agradezco su visita y sus informes, pero eso es todo.

— Sí, señor Budnan. De todas formas, déjeme decirle que Marfa Lassau tiene mucho que ver con todo este asunto. Yo diría que está relacionada también con Helia Svir y no digamos con uno de los hombres de Duff y me ha dicho que el segundo y otro tipo llamado Cletius fueron a secuestrar a Marfa y desaparecieron sin dejar rastro.

— Es cierto — convino Budnan —. Esas dos mujeres están relacionadas la una con la otra... pero voy a ver si doy un escarmiento a Marfa. Por supuesto, será un escarmiento en cabeza ajena.

—¿Qué es lo que piensa hacer, señor Budnan?— preguntó el mercader ávidamente.

— Eso ya no es de su incumbencia, Kurt — contestó Budnan con sequedad.

Minutos más tarde, al quedarse solo, Budnan dio una orden a través del interfono:

— Ray, ve a la granja de Helia Svir y mátala.

* * *

— Me siento sumamente aprensiva — dijo Helia, mientras contemplaba los extraños artefactos situados bajo el cobertizo.

— No tienes por qué preocuparte, nena — sonrió Rell —. Pete ha hecho una buena labor.

— Disponiendo de dinero en abundancia, no ha resultado difícil — manifestó el aludido.

— ¿No habrá peligro de hundimiento? — quiso saber la joven.

— Hombre, si le lanzan una bomba atómica o algo por el estilo... Pero lo que interesa es que resista los ataques de los peces carnívoros del lago y sobre eso ya no cabe la menor duda.

—Están los gigantes...

— Pablo irá provisto de las armas necesarias para rechazar sus

ataques, aunque todos los que hay allí carguen contra él a un tiempo — aseguró Gussir.

Helia suspiró.

— Me parece que ustedes lo ven todo de color de rosa — dijo, desconfiada.

Rell cambió una mirada con su amigo.

— ¿Qué te parece, Pete? — dijo —. Ella ha sido la que nos ha metido en este asunto y ahora querría que nos quedásemos cruzados de brazos.

— No es eso, Pablo; yo...

Rell pasó un brazo sobre los hombros de la muchacha.

— Tienes que pensar en la granja — dijo —. El futuro de Asthor-2 merece correr algunos riesgos, ¿no es así, Pete?

— Cierto, Pablo — corroboró Gussir.

Rell empezó a equiparse.

— Pete, cuida de ella en mi ausencia — indicó —. No olvides que Budnan tiene el brazo muy largo.

— Descuida — contestó Gussir.

Minutos más tarde, Rell estaba dispuesto para partir. Gussir revisó todavía algunas partes del equipo y luego dio una palmada al joven en la espalda.

— Todo en orden — dijo.

Rell sonrió debajo del enorme casco que llevaba puesto. Al carecer de radio, no podía decir nada.

Agitó un brazo con bastante esfuerzo. Luego, paso a paso, subió al gravimóvil que iba a llevarle hasta las inmediaciones de la guarida de Budnan.

CAPÍTULO XV

El gravimóvil se paró delante del edificio principal de la granja. Ray Ellis, su único ocupante, abrió la escotilla y saltó al suelo.

Helia apareció en el umbral de la casa.

— ¿Eh, qué es lo que desea? — preguntó.

Ellis no perdió tiempo en respuestas inútiles.

Sacó su pistola y disparó dos veces contra la joven.

Helia cayó al suelo. Ellis parpadeó.

¿Por qué diablos salía humo de aquel cuerpo, en lugar de sangre?

Extrañado, se acercó a la joven caída en la baranda. Segundos más tarde, se enteraba de una asombrosa realidad.

Tras unos momentos de indecisión, corrió hacia la nave y conectó la radio.

— Señor Budnan, Helia Svir era un robot — informó excitadamente.

Budnan se quedó parado al conocer la noticia. Luego, reaccionando, murmuró:

— Eso explica muchas cosas. — Alzó la voz—: Gracias, Ray, eso es todo por ahora.

— Sí, señor.

Momentos más tarde, Budnan recibía otro informe por radio:

— Hemos encontrado un gravimóvil abandonado a cuarenta kilómetros al sudeste de la isla, señor. Hay pisadas muy profundas grabadas en el suelo, pero desaparecen casi en seguida. Diríase que el ocupante de la nave usa un propulsor individual.

— Es posible — convino Budnan, sin abandonar su calma —. Gracias, Lethis.

Budnan se reclinó en su sillón. Cruzó las manos pensativamente sobre el vientre y cerró los ojos.

Pero no dormía.

Meditaba. Trataba de llegar a una solución del enigma.

Y no tardó en hallarla.

— Ese chico es muy audaz — soliloquió —. Viene a verme... ¡y le haré el recibimiento que se merece!

* * *

En medio de una total oscuridad, Rell llegó a la orilla del lago y contempló unos instantes la negra superficie de las aguas, en la que se reflejaban las estrellas.

Había sido una buena idea la de llevarse un propulsor individual. De otro modo, los cuarenta kilómetros que le separaban del lago en el momento del aterrizaje hubieran supuesto una tortura, debido al pesado equipo que le había preparado Gussir.

El propulsor ya no le servía, de modo que se lo quitó y lo dejó en el suelo. Allá, a lo lejos, se divisaban unas menudas chispitas de luz. Había todavía gente despierta en casa de Budnan.

Rell avanzó hacia el agua paso a paso. El equipo embarazaba mucho sus movimientos, pero una vez estuvo dentro del agua se sintió mucho más aliviado.

Apenas notó que perdía pie, se lanzó suavemente hacia delante. El traje que llevaba puesto era estanco, de modo que le permitía una fácil flotabilidad.

Sujeto al cinturón, junto al estómago, llevaba un diminuto motorcito eléctrico, que hacía girar una pequeña hélice. Era una idea de Gussir, a quien elogió mentalmente; aquel diminuto propulsor le evitaría todo ejercicio físico.

Avanzó con moderada velocidad. De pronto, sintió un golpe en una pierna y, casi en el acto, una serie de furiosos coletazos.

Siguió adelante, sin inmutarse. Otro pez carnívoro atacó, pero tuvo que retirarse, frustrado en su intento, lo mismo que el anterior.

Varios ataques más de aquellos terribles peces tuvieron el mismo resultado. Finalmente, las fieras acuáticas dejaron de molestarle, como si su instinto les hiciera saber que el intruso del lago resultaba inatacable. La velocidad de propulsión era muy reducida. Rell tardó algo más de una hora en alcanzar la orilla opuesta.

Buscó un lugar adecuado, con vegetación abundante, y se desprendió del casco y del motorcito propulsor, elementos ambos que dejó escondidos entre unas matas. La casa estaba a unos sesenta metros de distancia y a diez o doce sobre su cabeza.

Con gesto maquinal, se ajustó la mochila que llevaba a la espalda. Avanzó media docena de pasos y, casi de repente, dos gigantescas sombras aparecieron ante sus ojos.

Rell estaba ya prevenido contra los gigantes que custodiaban la fortaleza de Budnan, pero aun así, no pudo evitar un instintivo gesto de asombro. Aquello superaba a cuanto hubiera podido imaginarse.

Los vigilantes le vieron también. Rell se aprestó a defenderse.

Algo apareció en su mano derecha. Era una varilla metálica, de

casi un metro de longitud, terminada en una brillante esfera, de unos diez centímetros de diámetro y provista de un mango aislante. El mango estaba unido a la mochila por un cable en espiral, a fin de permitirle la suficiente flexibilidad.

En el mismo mango había un interruptor. El pulgar de Rell hizo presión y una zigzagueante raya luminosa brotó de la esfera, encaminándose con terrible chasquido hacia el primero de los gigantes, que se desplomó fulminado por la descarga eléctrica.

El otro cayó de la misma manera. Rell continuó su camino.

Otra pareja de vigilantes quedó eliminada de la misma manera. Las descargas no eran mortales, pero sí poseían la suficiente intensidad para dejar fuera de combate a un hombre durante largo rato.

La puerta del edificio apareció ante sus ojos. Estaba abierta de par en par y el vestíbulo aparecía brillantemente iluminado.

Rell se asombró de la sencillez casi monástica del edificio. Las comodidades eran mínimas y la decoración, casi inexistente. Pero quizá por ello mismo, el conjunto no resultaba desagradable del todo.

Una voz brotó de un megáfono oculto en alguna parte:

— Entre, Pablo, le estoy aguardando.

Rell cruzó el umbral. Una puerta se abrió silenciosamente frente a él.

Jano Budnan estaba en su despacho, tras la mesa de trabajo, contemplándole especulativamente. Tras algunos segundos de indecisión, Rell continuó avanzando.

— Tenía ganas de conocerle, Rell — manifestó Budnan.

— Yo no sentía el menor deseo, pero las circunstancias me han hecho llegar hasta aquí, señor — dijo el joven.

— Y has venido a derrotarme.

— De eso se trata — confirmó Rell.

Los sagaces ojos de Budnan contemplaron durante algunos segundos, en silencio, la figura de su visitante.

— Un buen equipo, Pablo — alabó Budnan.

— Era necesario para llegar hasta aquí. El traje es de tejido metálico flexible, aislado en el interior. El tejido es lo suficientemente fuerte para resistir los mordiscos de sus peces, pero, por si acaso, la batería que llevo a la espalda generaba electricidad a baja tensión, lo necesario para emitir ligeras descargas que hicieran huir a los atacantes — explicó Rell.

— Un método ingenioso para cruzar el lago. Pero es muy pesado, ¿no cree?

— Tenía un motorcito propulsor, con hélice. No me he fatigado en absoluto.

Budnan suspiró.

— Pablo, cuánto me hubiera hecho falta un hombre como tú entre mi personal — dijo melancólicamente —. Las cosas hubieran cambiado de modo radical en Asthor-2.

—Temo, señor, que no hubiera aceptado ningún cargo en su organización — contestó el joven.

— Lo sé. Por eso no te lo propongo ahora. Si supiera que ibas a aceptar, olvidaría, incluso, la muerte de Hugo. En cierto modo, y aun tratándose de mi hijo, no se puede decir que no se lo mereciera. ¿Es cierto que mató a tu esposa?

— La secuestró y abusó de ella. Luego la abandonó en un paraje desierto, de tal modo, que murió de hambre y de sed. Su cuerpo fue devorado por las alimañas. Yo sólo encontré trozos de sus ropajes y el esqueleto.

— Y empezaste a buscarlo, hasta dar con él.

— Sí. Pero Hugo fue afortunado. Murió instantáneamente.

Budnan meneó la cabeza.

— Aunque no lo creas, te comprendo, Pablo. Pero no somos enemigos solamente a causa de mi hijo — declaró.

— Lo sé — admitió Rell, sin pestañear.

— Esa chica, Helia Svir… te ayudó enormemente. Pero ¿quién es con exactitud? ¿Helia Svir o Marfa Lussau?

— Helia, aunque usa un psicodisfraz para adoptar el papel de Marfa, cuando resulta conveniente.

— Y emplea robots, con ambas figuras, a fin de que sus ausencias de la granja o de la taberna no se noten.

— Sí, señor.

— Pero hay algo que no comprendo. ¿Cómo se trasladaba de la granja a la taberna y viceversa?

— Es muy sencillo de explicar — contestó Rell —. Los ingenieros de la agencia para la cual trabaja, le instalaron dos estaciones de tránsito hiperespacial, una en cada sitio, por supuesto. Así pues, el traslado de la granja a la taberna, por ejemplo, resultaba instantáneo y le procuraba, además, invisibilidad.

— Un magnífico truco — alabó Budnan, lleno de admiración—. Pero tengo entendido que algunos de mis hombres han desaparecido.

Rell sonrió.

— En el departamento privado de Marfa hay una trampa hiperespacial. El que la desconoce y llega allí con intenciones

hostiles se ve lanzado irremisiblemente al hiperespacio — aclaró.

— ¡Qué astuta es esa chica! — exclamó Budnan —.Te casarás con ella, claro.

— El hombre necesita compañía; no es bueno que esté solo — respondió el visitante con acento sentencioso.

— Te envidio, sinceramente. De modo que Helia y tú queréis convertir este planeta en un mundo decente.

— Ése es el motivo de nuestras acciones, pero no somos nosotros los únicos en desear tal cosa, señor Budnan.

— Antes has hablado de una cierta agencia... Pablo, tú sabes que este planeta no puede coaligarse con ninguna de las entidades políticas supraplanetarias. Y ninguna de esas entidades dará un solo paso para...

— Está usted equivocado, señor Budnan — interrumpió el joven —. Hace ya tiempo que se sentenció el futuro de Asthor-2. Sí, seguirá siendo un planeta independiente, pero hay tres entidades que no permitirán ya que el crimen y el libertinaje se enseñoreen de este mundo. La Primera Liga Planetaria, la Unión de los Dieciocho Mundos y la Confederación de Naciones Galácticas, tomarán a su cargo el restablecimiento del orden en Asthor-2. No pertenecerá a ninguna de esas tres entidades políticas, pero el acuerdo, sobre el mantenimiento de la paz en Asthor-2, es unánime.

Budnan entrecerró los ojos.

— Unos enemigos demasiado poderosos — calificó.

— Era algo que debía llegar un día u otro — dijo Rell —. Asthor-2 era un refugio muy fácil para los piratas del espacio. Si sólo se hubiera tratado de problemas interiores, tal vez no hubiera ocurrido nada, pero los piratas habían llegado a abusar con exceso. Resulta lógico que los gobiernos galácticos se cansaran de soportar las continuas depredaciones de esos forajidos.

— Bien, Pablo, ¿qué piensas hacer conmigo? — preguntó Budnan.

— En realidad, más que de mí mismo, depende de usted, señor.

— ¿Cómo?

— No tengo autoridad legal alguna, no la hay en Asthor-2; pero yo le aconsejo que se entregue y se someta a juicio, ante un tribunal conjunto. Tiene dinero, conseguirá buenos abogados... y los gobiernos galácticos, si limpian Asthor-2 de forajidos, se contentarían, creo yo, con una pena más bien simbólica.

Budnan meneó lentamente la cabeza.

— Lo siento — dijo —. Tengo que rechazar tu oferta, Pablo. No podría soportar la vergüenza de verme sentado ante un tribunal.

Los ojos del viejo chispearon súbitamente.

— ¡Y todavía sigo siendo el dueño de este planeta! — gritó, a la vez que alargaba la mano hacia un punto de su mesa.

Rell creyó prudente saltar a un lado. Parte del frontis de la mesa se incendió súbitamente, con fuertes chasquidos. Media docena de armas ocultas vomitaron otras tantas descargas de balas-aguja.

Los proyectiles se perdieron en la pared opuesta. Rell alargó la mano y lanzó tina chispa eléctrica contra el viejo.

Budnan se contorsionó violentamente y rodó por el suelo, con la boca torcida en un extraño ángulo. A Rell le sorprendió la quietud del individuo.

Se arrodilló a su lado y comprobó la carencia de pulso. Meneó la cabeza; el corazón de Budnan no había tenido la suficiente fortaleza para resistir los efectos de la descarga eléctrica.

Se incorporó lentamente y miró a su alrededor. Oyó ruido a sus espaldas y se volvió.

Cuatro o cinco gigantes contemplaban atónitos la escena. Al ver que Rell se volvía hacia ellos, escaparon, lanzando animales chillidos de terror.

Un suspiro de alivio se escapó de labios del joven. La salida de la fortaleza iba a resultar más fácil de lo que había pensado.

* * *

Rell abrió la puerta de la casa y lanzó un grito:

— ¡Helia!

La joven apareció en el umbral del dormitorio, vistiendo una vaporosa «negligé», que le prestaba un singular encanto.

— Hola, cariño. ¿Ya de vuelta? — dijo.

— Sí — contestó —. Acabo de hablar con el comandante de las fuerzas de ocupación. Me ofrecía un puesto importante, pero lo he rechazado.

— Creo que has hecho bien — aprobó ella, poniéndole las manos sobre los hombros —. ¿Qué más noticias me traes?

— Bueno, todos los esclavos han sido liberados y los forajidos escapan a bandadas. Norblad se ha largado también.

— ¡Buen viaje! — rió Helia jubilosamente.

— Se han producido un par de casos de resistencia, pero los soldados de desembarco no se andan con contemplaciones. Los demás han tomado ejemplo y...

— Pablo, ¿por qué no hablamos ahora de nuestros asuntos? — sugirió ella —. Creo que ya es hora, ¿no te parece?

— Encantado. Comienza tú, cariño.

— Primeramente, la granja y su equipo es nuestra... Es el regalo de bodas de mi agencia, para la cual he dejado ya de trabajar.

— ¡Magnífico! ¿Qué más?

— Conservo el psicodisfraz — dijo —. ¿Cómo quieres verme, Pablo? ¿Te gusta más Helia que Marfa?

— Podemos alternar, si te parece — contestó.

— ¡Hum! Tienes alma de bígamo, Pablo.

—Entonces, destruye el psicodisfraz. Me quedo con Helia — exclamó él, a la vez que la abrazaba fuertemente.

A través de la ventana, Rell vio los campos de la granja. El trigo que empezaba ya a granar. Era la perspectiva de un mundo en paz, por el que tanto habían luchado ambos.

FIN